

Escoria.

V.M. Cameron

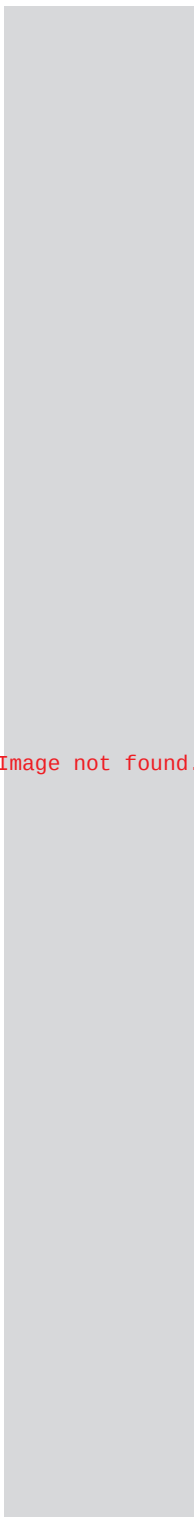


Image not found.

Capítulo 1

Image not found.

Escoria

Para él.

Para todos mis amigos de Wattpad. (Tequila213)

Escoria.

Def. 1: "Cosa o persona vil y detestable."

Def 2: "De ninguna estimación, ruin y rastrero."

Capítulo 2

1-Primer día de clases y humo de cigarro.

GINA

Aún recuerdo perfectamente el día que lo vi por primera vez; la palabra “problemas” casi podía verse escrita en su rostro.

Si lo intento, puedo oír el sonido del timbre que indicaba el inicio de las clases; el primer día de clases. Entré a la sala junto a mi novio, John, y me senté en una mesa situada en la primera fila.

John decidió colocarse detrás del todo, pues allí se sentaban sus amigos y desde mi sitio sólo pude dirigirle una mirada, resignada a quedarme ahí delante y sola en nuestro primer día de clase. Los demás alumnos fueron llegando, entre ellos Claire, mi mejor amiga.

—Hola Gin —saludó—. ¿Dónde está John?

Yo me limité a lanzar una mirada hacia atrás, señalándole la parte de atrás de la clase y ella resopló decepcionada. John y yo llevábamos tiempo distanciados y Claire lo sabía. Salíamos desde los quince años y ahora, dos años después, era como si todo se fuera apagando cada día más, pero aun así no nos atrevíamos a aceptarlo. Los ojos castaños de John ni siquiera se molestaban en mirarme de vez en cuando, casi había olvidado que yo estaba allí y, para colmo, yo no sentía que eso me importara demasiado.

La puerta se cerró y, Stephanie Johnson, mi profesora en el instituto desde hacía tres años, entró. Era una mujer rechoncha, con el cabello largo y de un rubio demasiado artificial, al igual que su sonrisa exageradamente blanqueada.

—¡Hola, jóvenes...! —comenzó a decir.

De pronto la puerta se abrió; aún faltaban tres alumnos por entrar: una chica y un chico que al parecer se habían entretenido fuera fumando y un último muchacho un tanto curioso. Lo primero en lo que me fijé fue en las botas militares negras que le llegaban hasta más arriba de los tobillos, por encima de los pantalones. Llevaba vaqueros desteñidos, sudadera gris y su cabeza estaba casi rapada, aunque a pesar de tener el cabello corto se apreciaba de un color chocolate que combinaba perfectamente con sus penetrantes ojos verdes, enmarcados por espesas y largas pestañas.

“Parece enfadado” fue lo primero que pensé. Una parte de mi cabeza imaginó que quizás había perdido el autobús y por eso estaba de mal

humor, pero tras un último vistazo al chico, percibí que lo más probable es que pasara con ese aspecto tan brusco la mayoría del tiempo. Se sentó junto a mí y yo me removí, incómoda.

Stephanie fingió otra de sus sonrisas y caminó de un lado a otro de la sala, observándonos.

—Veo caras nuevas —murmuró, ¿complacida?—. Bienvenidos todos a un nuevo año escolar. “¡Por fin en el último curso!”, diréis, pero pocos de vosotros os graduaréis, eso dadlo por hecho.

—Yo seré uno de ellos, dadlo por hecho —murmuró John detrás del todo, riéndose junto a sus amigos.

Su cabello negro relucía, brillante, a cada movimiento de su cabeza, y varias chicas en la sala lo miraban con interés. Como si no supieran que yo era su novia, pero lo sabían.

El chico nuevo del pelo rapado se rió irónicamente, como mofándose de John y varias de estas chicas también se quedaron mirándole, para mi sorpresa, con cierta coquetería.

Mi amiga Claire me miró fijamente, con sus dos larguísimas trenzas rubias cayendo sobre los hombros y sus ojos claros. Yo hice caso omiso; no le podía reprochar nada al nuevo, a mí misma me parecía de mal gusto hacer alarde de inteligencia como lo había hecho John.

Los tacones de la profesora resonaron mientras se acercaba al nuevo, con una mueca perversa en los labios.

—¿Y usted de qué se ríe, señor...?

—Erik.

La profesora esperó a que éste añadiera un apellido, pero no lo hizo.

—¿Sólo Erik? —preguntó.

Erik esbozó una especie de sonrisa provocadora, dejando ver unos dientes blancos y perfectos.

—Si quiere ver mi apellido sólo tiene que mirar la lista de alumnos. Y tampoco lo veo necesario para mantener esta conversación.

En los ojos del chico se reflejó el desafío. Un desafío que no me gustaba nada. ¿Por qué se comportaba así? Acababa de llegar y ya parecía que quisiera largarse, nadie se dirigía con ese tono a ningún profesor. ¿De qué servía que te castigaran el primer día de clase por una tontería como

aquella?

A Stephanie pareció sentarle peor que un puñetazo en su gran nariz, así que frunció el ceño y decidió actuar mezquinamente, intentando molestarlo aún más.

—Vaya vaya... simplemente quería saber qué le había parecido tan gracioso de la aportación del señor Carter.

—¿Aportación? —se mofó Erik mirando de reojo a John—. ¿A eso puede llamarlo aportación?

Yo no sabía qué hacer, sentía mis mejillas ardiendo y enrojeciéndose por momentos. Si la cosa seguía así, y conociendo a John, acabarían el día a golpes.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó John desde el fondo de la habitación, en actitud prepotente.

Erik y él intercambiaron una mirada interminable y mi corazón se fue acelerando a cada segundo, pero, finalmente, Erik rió roncamente y apartó la mirada de mi novio, evitando así un problema mayor. Esta vez su mirada se posó en mí. Seguramente se preguntaba por qué yo estaba tan alterada. Sus profundos ojos me recorrieron completamente en tan solo unos segundos y yo enrojecí aún más. Me sentí incómoda, y por un instante deseé desaparecer del lado de ese chico, haberme colocado junto a John y no ahí. Pero tampoco aparté la vista. Pude sentir cómo su mirada se fijaba en mi cabello rojizo, después en mis ojos marrones y poco a poco bajaban por mi vestido negro y veraniego, como si vieran a través de la tela.

Aparté la vista, molesta, y miré hacia mi otro lado, hacia Claire.

—¿Qué le pasa al nuevo? —me preguntó ella en un susurro, mientras lo observaba, extrañada.

Yo encogí los hombros y me propuse no volver a mirar a ese chico en el tiempo que quedaba de clase, pero no me fue tan fácil. Solía soltar comentarios irónicos sobre cualquier tontería que alguien dijera, que por desgracia, eran demasiadas.

Finalmente, Stephanie pareció cansada de la situación y volvió a dirigirse a Erik antes de que acabara la clase.

—Si no quieres estar en esta clase nadie te obliga, puedes irte —anunció desagradablemente.

Todos creíamos que el joven se quedaría sentado y cesaría de molestar al resto de la clase, pero para sorpresa de todos, Erik se levantó, agarró su mochila con estampado militar y abandonó el aula.

Pocos minutos después el timbre sonó y todos recogimos nuestras cosas. Aún faltaba media hora para la siguiente clase, por lo que Claire y yo salimos del instituto y nos colocamos algo alejados del resto de la gente, junto a una gran columna oculta tras unos arbustos. Hacía calor, el sol me acariciaba la piel y me hacía sentir bien.

Hablábamos sobre las nuevas asignaturas de ese año cuando, de pronto, John apareció ante nosotras. Posesivamente pasó su brazo por mi hombro y me acercó a él. Nos besamos brevemente, como siempre y él también se apoyó en la columna.

Como ya suponía, no tardó ni un minuto en sacar el tema de Erik.

—¿Has visto al nuevo? Menudo payaso.

—Déjalo, tiene que ser duro llegar en el último curso a un instituto en el que ya todos son amigos —murmuré escuetamente como respuesta.

John se rió cínicamente y sus ojos se oscurecieron aún más unos momentos.

—¿Crees que él busca tener amigos? A mí me ha parecido que lo único que busca es una buena paliza. Y si nadie más se ofrece, tendré que dársela yo.

John jugaba al baloncesto y era bastante buen deportista, pero al recordar la extraña y peligrosa mirada del otro chico, algo me dijo que no sería tan fácil para John poder pegarle.

—No creo que merezca la pena. Os expulsarían a los dos —opinó Claire, pensativamente.

Yo resoplé. Lo último que quería era que John se metiera en algún problema por culpa de su cabezonería. En general no era realmente violento, sólo fingía serlo y quizás con más énfasis del aconsejable. John era más boca que cualquier otra cosa. Su brazo me acercó aún más a su cuerpo y yo me removí de su agarre, algo incómoda por cómo se estaba tornando la conversación.

Últimamente no nos habíamos visto mucho, ya no lo sentía tan cercano

como años atrás.

Nos conocíamos desde pequeños, y ni siquiera me había (o yo le había) pedido salir en ningún momento. Simplemente, un día surgió, nos besamos, y desde entonces estábamos juntos.

Le quería, pero a veces albergaba serias dudas sobre qué habría pasado si no estuviéramos juntos y cómo sería estar sola. Era una situación difícil, no era capaz de imaginarme dejándolo.

—Espero que no vuelva a pasar por el instituto —concluyó John—. Esa clase de gente sólo puede generar más basura de la que ya tenemos aquí.

Lo miré, algo enojada. Odiaba cuando John se comportaba de esa manera, como si hubiera gente que no fuera lo suficientemente buena para estar a su alrededor.

—Vámonos —dijo, ignorando mi mirada.

Claire y él se alejaron a paso ligero, pero yo me giré un segundo y vi una nube de humo que venía del otro lado de la columna, a tan solo un par de metros de nosotros. Dubitativa, me asomé con cuidado y de pronto me dio un gran salto al corazón:

Erik se hallaba detrás de esa columna, frente a la cual nosotros nos habíamos colocado. Seguramente llevaba allí más tiempo que nosotros, por lo tanto, estaba convencida de que había oído completamente nuestra conversación. Se habría ido hasta allí para poder fumar sin que ninguno de los profesores decidiera echarle alguna clase de sermón.

Se quedó mirándome unos segundos, mientras le daba una nueva calada a su cigarrillo. Yo me quedé quieta, no sabía cómo reaccionar. Por una parte quería irme, pero por otra sentía que no podía hacerlo después de lo que John había dicho de él.

—Perdona por... —comencé.

Erik tiró el cigarro y lo pisó. Durante unos últimos segundos expulsó el humo y yo comencé a toser.

—Tú no has dicho nada malo. —Su voz era grave, pero a la vez sonaba... ¿dulce?—. La culpa no es tuya.

—John es...

—Un imbécil. Ya me he dado cuenta —me interrumpió.

En su rostro se dibujó una repentina sonrisa divertida. A pesar de lo que había pensado cuando lo conocí -que nunca sonreía-, tenía que reconocer que cuando lo hacía su rostro se tornaba casi infantil. Era muy guapo, de eso no había ninguna duda.

—No me gustaría que tuvierais problemas. Estas cosas nunca acaban bien.

Me mordí el labio, nerviosa. Erik seguía mirándome de arriba abajo, y eso no me tranquilizaba. Estaba a apenas unos centímetros de mí, y yo me sentía cohibida. Era una cabeza más alto que yo, y en sus gruesos labios seguía dibujada esa sonrisa tan curiosa.

—Yo tampoco quiero problemas. Pero no sólo depende de mí.

Miré hacia John, que ya se encontraba casi en la puerta del instituto y ni siquiera se había dado cuenta de que yo no iba tras él. Yo también debería irme a clase, incluso Erik debía ir también, pero no creía que fuera a hacerlo.

—Tengo que irme... —anuncié—. Por favor... no le hagas nada.

Estaba asustada. No sabía por qué, pero estaba segura de que ese chico podía ser muy peligroso si se lo proponía.

Él desvió la mirada, intranquilo. Y yo me giré, para irme.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de pronto.

Yo me giré y mis ojos marrones volvieron a mirar los suyos, profundamente verdes.

—Gina... o Gin, como quieras.

Erik asintió con la cabeza. Me pareció estúpido preguntarle su nombre, puesto que ya lo sabía y él no hizo ningún amago de decírmelo. Tras unos segundos más, volví a girarme y caminé rápido hacia la puerta del instituto.

Me sentía extraña.

Capítulo 3

2- Tatuajes y cabello de fuego.

ERIK

La luz se colaba entre las persianas de mi habitación. Me giré, tumbado en la cama, intentando que el sol no incidiera justamente en mis ojos, pero seguía molestándome una habitación tan luminosa.

—Joder... —susurré.

Quería seguir durmiendo, pero al parecer no iba a poder ser. En un último intento, me coloqué la almohada encima de la cabeza, pero la posición me pareció tan incómoda que finalmente me levanté de la cama.

Aún me parecía extraño despertarme en esa casa. Sólo hacía un par de semanas que había llegado a la ciudad, a casa de mis abuelos. Yo había vivido siempre en Washington, y ahora, de un día para otro, estaba en Phoenix.

Mil recuerdos de Washington vinieron a mi mente, pero, por mi bien, los eliminé rápidamente. Tendría que quedarme en esa soleada ciudad al menos unos años, hasta que reuniera el suficiente dinero para poder irme y comenzar de nuevo sin tener que arrepentirme a cada momento por lo que había ocurrido en Washington: la razón por la que había acabado viviendo con mis abuelos.

Bajé por las escaleras hacia la cocina. Estaba en calzoncillos cuando abrí la puerta y me encontré a mi abuela. Pensé que se impresionaría al verme así y durante un segundo me planteé subir y ponerme el pijama, pero con ese calor, me parecía impensable que alguien quisiera llevar encima más ropa de la estrictamente necesaria.

Para mi sorpresa, mi abuela no hizo ningún comentario y ni siquiera pareció escandalizada al observar la cantidad de tatuajes que recorrían mis hombros, mi pecho, brazos, espalda y mi pierna derecha entera.

Cada tatuaje simbolizaba una parte de mi pasado. Algunos me habría gustado conservarlos, junto al recuerdo, y otros borrarlos con todo lo demás.

—Buenos días, cariño —saludó Margaret, mi abuela.

—Buenos días.

Me fui a preparar el desayuno, pero, extrañamente, mi abuela ya lo había hecho por mí. Con una sonrisa me dijo que me sentara y colocó sobre la mesa un plato de salchichas, beicon y huevos fritos. Yo comencé a picotear, no estaba demasiado hambriento.

—¿Cómo te está yendo el instituto? —preguntó tras un largo silencio.

Yo suspiré. No tenía ánimos para hablar de ese asqueroso agujero lleno de surfistas bronceados y chulos de playa.

—Muy bien, abuela.

—¿Has hecho amigos ya?

—Un montón —respondí bajando la voz.

Rápidamente apuré el plato y lo coloqué en el fregadero. Me jodía reconocerlo, pero tenía que volver al instituto de nuevo. Había ido el lunes y el martes, pero el miércoles y el jueves había decidido dar una vuelta por esa nueva ciudad. Pero ya era viernes y debería volver al instituto, aunque intentara engañarme, debía graduarme y era mejor hacerlo ese año yendo a clase que no terminar de hacerlo nunca.

Tras darme una ducha de veinte minutos y no poder alargarlo más, terminé por agarrar mi mochila militar, las llaves de la camioneta que mi abuelo me había regalado al llegar a Phoenix, y salí por la puerta. Me esperaba otro día interesante.

Fui el primero en llegar a clase, al parecer había salido de casa demasiado pronto. Me senté en la primera fila, donde habitualmente solía situarme porque todo lo demás estaba lleno y decidí escuchar música hasta que aparecieran los demás. Seguramente aún faltaban más de diez minutos para que alguien más comenzara a llegar.

Saqué el móvil de mi bolsillo y, para mi sorpresa, alguien entró al aula de pronto.

La miré de refilón, era una chica.

—Hola —me saludó, educadamente.

Yo hice un gesto de cabeza y me dispuse a conectar los cascos a mi teléfono, pero ella se acercó y se sentó sobre la mesa de al lado, cruzando los pies y mirándome.

Era bastante guapa, tenía el cabello negro, con un corte asimétrico y los ojos azules. Vestía con ropa negra, pantalones cortos y botas militares oscuras. En la oreja izquierda tenía una brillante dilatación plateada. Me gustaba su estilo, me giré hacia ella.

—Erik, ¿verdad? Yo soy Karen.

—Encantado, Karen.

Me volví a guardar el móvil en la mochila, puesto que esa chica parecía querer algo de conversación.

La había visto el martes, era tímida y no la había escuchado hablar en ningún momento de las clases, pero sí se había reído con alguna de las chorradas que yo había soltado. Al fin y al cabo sólo eran eso, tonterías.

—Eres noticia aquí, ¿lo sabías?

Su voz sonaba divertida.

—Pues me gustaría que ni siquiera supieran de mi existencia.

—No te preocupes —me tranquilizó—, la mayoría de gente es simpática o, por lo menos educada, los que apestan de verdad son los mimados: John y sus seguidores.

Karen puso los ojos en blanco y yo me reí, menos mal que no era el único que creía que ese chico era digno de un circo.

—¿No te cae bien ese John? Aquí parece gustarle a todas las chicas

—pregunté, inquisitivo, a fin de conseguir más información.

—Digamos que ese no es mi tipo, no podría besar a alguien y vomitar a la vez.

Ambos soltamos una carcajada. Decidido; me caía bien esa chica.

—Y... ¿qué hay de su novia? —pregunté al fin.

La verdad es que esa chica, Gina, me había llamado la atención desde el principio: era guapa y durante la primera clase que habíamos compartido, sonreía a la gente, me miraba sin miedo y se sonrojaba, tímida, cuando yo le devolvía la mirada.

Obviamente nunca tendría nada con ella, pero me había parecido... dulce. Hasta que había descubierto que era la novia de ese imbécil, y algo me había dicho que no sería tan buena como parecía si salía con él.

Karen frunció los labios ante mi pregunta y se colocó un mechón de cabello tras la oreja antes de responder con otra pregunta:

—¿Quién? ¿La pelirroja?

—¿Es que tiene más? —pregunté, bromeando, con una carcajada.

Karen no sonrió, sino que siguió seria.

—No quieras saberlo —dictaminó tras unos segundos.

Yo alcé una ceja, confuso. Me dispuse a hacerle una nueva pregunta, pero la puerta se abrió y, curiosamente, en la sala entraron John, Gina y la otra chica rubia... una tal Claire.

John y yo mantuvimos la mirada durante unos segundos. Parecía nervioso, como si quisiera decir algo, y sinceramente, yo moría porque lo hiciera y así poder tener una excusa para partirle la cara. Finalmente, volvió la mirada hacia Karen y sonrió maliciosamente.

—Por fin has encontrado un amigo, Karen. ¿Ves como no era tan difícil?

Karen se limitó a lanzarle una mirada despectiva y a hacerle un corte de manga.

Gina miró a su novio, enfadada, y discretamente, en voz baja intentó hablar con él sin que nadie lo oyera, pero sólo nosotros estábamos en la clase y sus susurros retumbaban por las paredes.

—No intentes empezar una pelea, John. Nadie ha dicho ni hecho nada.

Él se rió sarcásticamente y le acarició la mejilla a la chica.

—Cariño —dijo en voz alta, para que lo oyéramos—. Solamente estaba felicitando a la pobre Karen. Ella sabe que no lo he dicho con ningún otro sentido.

La furia comenzaba a correr por mi sangre rápidamente, no me podía creer que ese chico fuera tan estúpido. ¿Acaso no veía que podría romperle la boca en apenas unos segundos? Me intenté tranquilizar, pero no podía apartar la mirada de él y, por desgracia, continuó hablando.

—¿A que no te molesta, Karen?

Karen se dispuso a contestarle, pero yo llegué hasta el límite de mi paciencia y me levanté de la silla violentamente. Sabía perfectamente que me estaba provocando y no sabía por qué lo hacía, pero aun así su voz se clavaba en mi cabeza salvajemente. Me lo iba a cargar.

Me acerqué hasta él con rapidez.

—¿Qué coño te pasa? —grité.

—¿A ti quién te ha llamado, pordiosero? —respondió alzando la cabeza y levantando los brazos.

Estaba pidiéndome que le pegara.

Lo agarré de la camisa violentamente, pero entonces, la pequeña chica pelirroja se colocó entre su cuerpo y el mío y me empujó suavemente hacia atrás: Gina.

Nos miramos a los ojos un momento y de pronto recordé cómo el lunes anterior ella me había pedido que no le hiciera nada a John. Un montón de imágenes me vinieron a la cabeza: cosas que habían ocurrido en Washington, peleas, gritos, aquella vez que le partí la nariz a un chico con un golpe de mi cabeza, ese momento de profundo terror en el que vi cómo cuatro tipos se acercaban lentamente a mí para darme una paliza, mis amigos y yo sangrando, mis amigos y yo haciendo sangrar...

Y de pronto me aparté. A mi alrededor, más gente había llegado a la clase, y observaban la escena en completo silencio.

Las manos de Gina ya no tocaban mi pecho, impidiéndome avanzar y yo volvía a respirar con normalidad.

Sin mediar palabra ni levantar la vista del suelo, me dirigí a mi sitio y me volví a sentar. Aislándome de todo y de todos.

Pero hubo un sonido que no pude evitar oír: la risa de John a mi espalda.

Capítulo 4

3- Baloncesto y peleas.

Gina

Cerré la puerta del baño de chicas de un portazo y entré a uno de los lavabos individuales, asegurándome de que no hubiera nadie más allí. Necesitaba relajarme, respirar. Pero no, cada momento era más difícil que el anterior y, tras unos instantes, mi vista comenzó a nublarse. Era inevitable: estaba comenzando a llorar.

Oculté los gemidos de dolor como mejor pude y de nuevo intenté tranquilizarme. Iba a llegar tarde a la última clase del día. Por fin ya sólo faltaba una hora.

Había discutido fuertemente con John hacía unos minutos. Mi cabeza parecía a punto de estallar mientras yo le recriminaba lo idiota e inmaduro que había sido al provocar de esa manera a Erik.

Sentía aún más ganas de llorar al recordar la discusión:

“John me había abrazado por la cintura al salir de la clase y yo me había apartado, molesta. Odiaba que ignorara totalmente cuando yo estaba enfadada, como si sólo él importara.

—¿Qué pasa? —había preguntado al percibir mi gesto.

Yo crucé los brazos y lo miré fijamente, pero él seguía dudando.

—¿Qué te pasa a ti, John? ¿Por qué te estás comportando así?

Él miró alrededor, temiendo que la gente nos viera discutir, y de hecho, algunos ya nos miraban.

—Cariño, este no es el momento... la gente nos está mirando.

—¡Me da igual! —grité—. ¿Te importa que nos vean a nosotros discutir pero no te importa que todo el instituto te mire mientras te metes con Erik?

John había esbozado una mueca cínica.

—¿Erik? ¿Ya lo llamas por su nombre? ¡A ti qué te importa lo que yo le diga a ese pordiosero...!

Eso me dolió profundamente, ¿qué le estaba pasando a mi novio?

—¿Qué te ha hecho él? —exigí saber.

Un grupo amplio de personas ya se encontraba a nuestro alrededor, mirándonos y cuchicheando entre ellos. Mis mejillas habían enrojecido furiosamente y quería que la tierra me tragara.

En ese momento, al parecer, John vio peligrar su orgullo y, dirigiendo una mirada a nuestros espectadores, se giró hacia mí, levantando el dedo índice amenazadoramente y acercándolo a mi rostro.

—No te metas en esto, Gin. Y mucho menos te pongas de parte de... ese.

¡No comprendía que yo no estaba de parte de nadie! Yo sólo quería evitar problemas.

—¿Qué te está pasando, John? —Me acerqué a él y le agarré las manos con ternura—. Cariño, no seas así...

Con violencia, se había apartado de mí y había caminado hasta su grupo de amigos, dando por terminada la conversación."

Me dirigí al gran espejo del baño de chicas y vi mis ojos enrojecidos.

Imposible de disimular.

Resignada, salí del baño y me dirigí a la clase. Una vez allí, me senté en mi sitio, ignorando olímpicamente la presencia de John y sin responder de ninguna manera ninguna de las preguntas de Claire.

Pero hubo una mirada que no pude evitar: los ojos verdes de Erik se clavaron en los míos.

Estaba segura de que, si él mismo no había visto mi pelea con John, alguien se la habría contado, y eso me resultaba tremendamente vergonzoso.

Erik me estaba mirando a los ojos, y me daba la sensación de que quería decirme algo. Realmente, hubiera resultado muy violento si él hubiera hecho alguna alusión a la pelea, puesto que él era el tema principal en ella.

Finalmente, yo aparté la vista de su mirada. En esos momentos ya no quería pensar más.

El timbre sonó, anunciando el final de las clases por fin. Al menos, ya no tendríamos que volver hasta el lunes.

Salí de la clase con rapidez, evitando que alguien me preguntara por lo ocurrido. Ante mis narices, John salió también junto a Nina Grey, una de

sus numerosas seguidoras de la clase.

Una punzada de odio recorrió mi pecho, pero no le dirigí ni una sola palabra a John y él tampoco a mí.

Me dispuse a caminar hacia mi casa y, por el camino, me crucé con una bonita camioneta texana azul brillante. Me llamó la atención, pero más aún me impresionó ver que el conductor era Erik.

Él también me vio y ambos nos saludamos tímidamente, pero pronto pasó de largo y yo seguí mi camino. Mi casa estaba a media hora del instituto, y en general volvía en el coche de John o en el de Claire, pero en esa ocasión necesitaba pensar. Y nada mejor que un buen paseo para eso.

Cuando llegué a la puerta de mi casa, algo más me impresionó: a apenas unos metros de mi casa, tres viviendas más lejos, se encontraba aparcada la brillante camioneta de Erik.

Era la casa de mis vecinos, los señores Terry y Margaret Poltsky. Los mismos que llevaban un par de meses contándome que su nieto, un chico de mi edad, iría pronto a vivir con ellos. Ahora lo entendía todo.

La clase de Educación Física era, con mucho, la que más odiaba.

El lunes y el martes había pasado sin ninguna novedad, John seguía enfadado y no me hablaba, así que yo tampoco le dirigía a él la palabra. Que hiciera lo que quisiera, al final siempre volvía pidiéndome perdón cuando sabía que yo tenía la razón.

Salí del vestuario con los pantalones cortos, la camiseta de tirantes y las deportivas: totalmente ridícula.

—Vamos, Gin —dijo Claire, situándose a mi lado—, hoy vamos a jugar al baloncesto.

Yo me terminé de subir las medias hasta las rodillas y me lamenté en silencio, odiaba jugar al baloncesto y, más aún, jugar con los chicos de clase. Siempre eran unos tramposos y actuaban con demasiada fuerza, sin pensar.

El profesor Parker, un hombre de apenas veinticinco años, comenzó a hacer los equipos. Era altísimo, rubio y con los ojos de un tono

acaramelado muy atractivo. Hasta yo misma admitía que, si había que saltarse las normas al liarse con algún profesor, ese debía ser el señor Parker.

—¡Vamos, Gina! —me llamó el maestro.

Me acerqué corriendo al grupo de alumnos y los equipos ya estaban formados casi completamente: a mí me tocó jugar junto a Claire, por suerte, y en mi grupo también se encontraban varios chicos del equipo de baloncesto del instituto y la chica con la que, últimamente, siempre estaba Erik: Karen.

La verdad era que había tenido suerte; en un ambiente en el que casi todos se dejaban llevar por lo que John dijera, Erik sólo habría podido encontrar amistad en alguien que odiara suficientemente a John, y Karen era la candidata perfecta.

La miré de reojo, sin que ella se diera cuenta; era bastante guapa, sonriente y apacible con todos, pero nunca se la había visto compartiendo amistad con alguien del instituto aparte de Erik.

Una idea se fue formando en mi mente: ¿Se habrían percatado ellos de lo atractivos que resultaban ambos? ¿Se atraerían?

Decidí que eso a mí ni me incumbía ni me importaba, aunque la imagen de Karen besando a Erik se me antojó algo desagradable.

Los equipos se separaron, en el grupo contrario al mío se encontraban Erik y John, lo cual me preocupó enseguida. El señor Parker, con su silbato rojo, pitó el inicio del partido.

Maxi Castillo fue el primero en agarrar el balón, y lo condujo rápidamente hacia la canasta de nuestros adversarios. Se lo pasó a otra chica y ésta marcó el primer punto para nuestro equipo.

El partido siguió con normalidad durante diez minutos: yo marqué dos tantos y Claire otros dos. Por su parte, Erik corría a una enorme velocidad y cada vez que alguien le pasaba el balón, significaba punto seguro para ellos. El profesor Parker lo miraba, interesado. Esto pareció molestar poco a poco a John, que, a pesar de estar en su mismo equipo, nunca le lanzaba la pelota y lo ignoraba cuanto podía.

Claire consiguió la pelota y se dirigió al campo contrario con ella, pero Erik, hábilmente se la arrebató de las manos y corrió hasta nuestra canasta. Yo me interpose entre él y su objetivo, quizás con demasiada fuerza, y nuestros cuerpos chocaron violentamente. El balón salió por los aires y cayó a unos metros de nosotros, pero yo también perdí el equilibrio y estuve a punto de caerme si no hubiera sido porque los

fuertes brazos de Erik me sujetaron y me apretaron contra su pecho.

Perdí la noción del tiempo de repente. Olía bien, demasiado bien. A algo dulce y limpio a la vez. Ni rastro de ese molesto olor a tabaco que desprendía su cigarrillo.

Sentí sus músculos duros debajo de mí y, desde cerca pude contemplar mejor un tatuaje que se adivinaba en su pecho, bajo la camiseta. En su brazo se dibujaba un omega griego con llamas a su alrededor, como si estuviera hecho de fuego. Otros símbolos que reconocí, y algunos otros que no y, en su pierna, en blanco y negro, el rostro difuso de una muchacha tan bella que quitaba el aliento. Su cuerpo era totalmente fascinante y pensé en lo muchísimo que me habría gustado verlo sin ropa para poder contemplar mejor todos esos tatuajes.

Enrojecí en cuanto lo imaginé desnudo y, tensa y nerviosa, me alejé de él unos centímetros.

Lo que sucedió después fue tan rápido que ni siquiera sé si mi recuerdo es el correcto o solamente es lo que yo creo que vi:

John apareció por la espalda de Erik y se abalanzó sobre él. Erik perdió el equilibrio y cayó a apenas dos centímetros de mi cuerpo, yo me alejé instintivamente y de pronto, al darme cuenta de lo que ocurría, volví a acercarme.

John golpeó a Erik y éste, después de unos segundos, se levantó del suelo y lo miró con confusión.

—¿Quién coño te has creído para empujar así a mi novia? —ladró John.

Los ojos de Erik brillaron; sabía que eso no tenía nada que ver con el hecho de que, accidentalmente, me hubiera empujado. Las venas de sus fuertes brazos comenzaron a marcarse y, en menos de un segundo, Erik le asestó un puñetazo en la mejilla a John, que lo hizo tambalearse hacia atrás sin llegar a perder el equilibrio. Como una fiera, John intentó asestarle una patada a Erik, pero éste la esquivó ágilmente y con maestría le dio otro puñetazo en el rostro, rompiéndole el labio a John.

Yo estaba asustada, Erik parecía una bestia furiosa, como si hubiera dejado de ser él de repente. John se dispuso a darle un nuevo golpe, pero yo me interpose y el puño de mi novio estuvo a punto de impactar sobre mí.

—¡No te metas! —me gritó John.

Sus ojos estaban enrojecidos y su boca sangraba con cada insulto nuevo que le dirigía a Erik. Por primera vez, miré a John y lo que vi me causó

repulsión.

Centré mi mirada en Erik, que seguía alterado y a punto de volver a golpear. No estaba segura de lo que iba a hacer ni de si, entonces, él cargaría sobre mí, pero con mis dos manos agarré su mano derecha, cuyos nudillos estaban sangrando, y lo obligué a mirarme a los ojos.

—Ya está bien, por favor...

La tranquilidad volvió poco a poco a los ojos verdes de Erik, perdiendo poco a poco el brillo animal y se quedó mirándome con una mirada extraña, como si estuviera asustado. ¿De qué? De pronto aparecieron el señor Parker y toda la clase en escena. Al parecer la pelea sólo había durado unos segundos.

Los labios del profesor Parker estaban fruncidos en una sola línea, enfadada. Su cabello brillaba, envolviendo sus bonitos ojos que llameaban de furia. No quiso escuchar ni una palabra.

—A la sala de castigados. ¡Ya! —rugió.

John salió primero, corriendo; había sido humillado cuando esperaba ser él quien humillara.

Erik caminó detrás, lentamente, como si estuviera avergonzado de haber golpeado a John. Yo no lo entendía, puesto que mi novio se lo había buscado claramente, ni siquiera yo podía evitar culparle.

Suspiré, estaba cansada de esta situación. Me giré y me dispuse a hablar con Claire para contarle lo que había sucedido, pero el grito del señor Parker me hizo quedarme estática de nuevo.

—Gina, ¿no me has oído? ¡Los tres a la sala de castigados!

¿Yo también? ¡Si yo no había hecho nada! Con la cabeza baja y mordiéndome el labio inferior, salí del gimnasio y me dirigí a la sala de castigo, donde pasaríamos el resto del día John, Erik y yo.

Juntos.

Capítulo 5

4- Soportando un castigo y conociéndote de verdad.

ERIK

No había nadie más en la sala de castigados, así que, a excepción de un profesor mayor y entrado en carnes, sólo estábamos allí John, Gina y yo.

Yo aún seguía alterado, no me creía lo que acababa de ocurrir. John sujetaba un par de pañuelos sobre su labio partido y algo parecido a una náusea me atacó en cuanto recordé cómo acabábamos de pegarnos. Ahora me arrepentía completamente; había ido a Phoenix para olvidarme de mi horrible pasado y poder empezar de nuevo, no para volver a comenzar una nueva espiral violenta allí.

También recordaba el miedo plasmado en los ojos de ella, de Gina, cuando me había visto enloquecer de pronto. Esa mirada... yo la había asustado, y eso me daba asco. Yo me daba asco.

Me limité a sentarme en una de las mesas de la última fila, aislándome de ellos dos (que se sentaron delante) e intentando ignorar, infructuosamente, su conversación.

—Vamos, nena... no te enfades —le pedía John a Gina con voz melosa.

El rostro de la pelirroja se tornó furioso y por un momento pensé que iba a gritarle cualquier cosa a su novio, pero en el último instante respiró hondo, se calmó y le dirigió unas suaves palabras que seguramente se le clavaron como afiladas agujas al muchacho engominado.

—Hasta aquí he llegado, John Carter. No quiero que me vuelvas a dirigir la palabra en tu vida.

El profesor que se hallaba sentado alzó la vista y les pidió silencio con gesto malhumorado, pero John hizo caso omiso y miró a Gin, incrédulo.

—¿Qué quieres decir, Gina?

La joven suspiró un momento, y finalmente volvió a mirarlo a los ojos.

—Me has entendido perfectamente. Se acabó, ya no te reconozco. Tú y yo ya no tenemos nada que ver.

John abrió la boca para volver a hablar, pero el profesor le clavó la mirada

y le ordenó sentarse.

El minuto siguiente fue muy incómodo. Yo miraba a Gina, alucinado. ¡Acababa de dejar a John! En sus ojos aún llameaba la furia que parecía haber almacenado y, sinceramente, nunca me había gustado tanto esa chica como en ese momento.

Se levantó de su silla cerca de John y sentó a unos metros de mí, para mi sorpresa, se giró y se quedó mirándome. No supe cómo reaccionar después de todo lo que había ocurrido así que, cobardemente, aparté la vista de inmediato.

John se quedó al otro lado del aula con la cabeza baja y los nudillos apretados.

Y así pasaron dos horas, hasta que el profesor nos comunicó que podíamos irnos a casa. John no tardó ni diez segundos en abandonar la clase con un gran portazo.

Gina y yo nos quedamos solos. Ambos nos levantamos de las sillas, sin mirarnos. Un silencio incómodo velaba sobre nosotros, hasta que yo decidí romperlo.

—Gina —comencé.

Ella se giró hacia mí y se quedó mirándome un momento, como si también ella estuviera algo avergonzada.

—Quería decirte que... —Era curioso, pero no sabía cómo hablar—. Sé que me pediste que no hiciera nada, pero John se tiró encima de mí y... no quiero decir que no fuera culpa mía porque yo también...

—Tranquilo, creo que entiendo lo que quieres decir.

Me acerqué un poco a ella, hasta que quedamos a unos centímetros. Mi gesto era serio.

—Yo no quería hacerlo. Sé que una parte de mí se moría de ganas, pero yo no lo habría empezado primero. De verdad.

Gina miró al suelo, dudando durante unos momentos, y después volvió a alzar la vista hacia mis ojos. Intentó formar una especie de sonrisa, aunque no fue demasiado convincente.

—¿Sabes? Creo que las disculpas debería ofrecértelas yo a ti de parte de John. Sé que desde que llegaste aquí no ha hecho otra cosa que intentar provocar lo que hoy ha conseguido. Hace que me avergüence de haber salido con él.

¿Ella me estaba pidiendo disculpas a mí? ¿Ella?
Era increíble... Pensé que si supiera quién era yo realmente no se disculparía. Si supiera cómo era yo y lo que había hecho, ni siquiera se atrevería a mirarme a la cara.

Abrí la puerta y ambos salimos de la clase, encaminándonos hacia la salida del instituto.

—¿Quiere eso decir que habéis roto?

La joven se mordió el labio, algo nerviosa aún.

—Al menos eso he intentado... aunque con John nunca se sabe. Puede saltar con cualquier cosa.

—Nadie puede obligarte a estar con una persona a la que no quieres...
—opiné.

Ella me clavó sus enormes ojos castaños, con la confusión dibujada en su rostro. Enarcó una ceja.

—¿Qué te dice que no le quiero?

La verdad era que ahí me había pillado. Yo no tenía derecho a opinar, no sabía nada. Debería haber cerrado la boca, pero algo me impidió hacerlo y de pronto me encontraba hablando.

—No te conozco demasiado, pero creo que eres lo suficientemente inteligente como para ver lo poco que merece la pena John —dictaminé.

Gina apartó la vista de mí unos segundos, no supe si lo que había dicho le había hecho daño, pero la verdad es que tenía toda la pinta de ser así.

Justo en ese momento salimos del instituto y yo me encaminé hacia la casa de mis abuelos, Gina siguió a mi lado y lo miré, dubitativo.

—¿No regresas a casa en coche? —le pregunté.

—No, hoy iré paseando. Creo que vivo casi junto a ti.

Yo me asombré pero decidí no hablar, puesto que en el rostro de Gina aún seguía dibujándose el fantasma de la duda y la incertidumbre. De pronto se giró hacia mí y me hizo una pregunta que me pilló totalmente desprevenido:

—¿Por qué crees que John se comporta así contigo?

Dudé durante unos momentos.

—¿Porque es idiota?

Ella soltó una pequeña carcajada y pude observar durante unos segundos sus pequeños dientes, blancos y perfectos.

—Yo creo que te tiene miedo.

Endurecí la mandíbula automáticamente, sin darme apenas cuenta. Odiaba que ella pudiera pensar algo así, odiaba la posibilidad de que alguien me tuviera miedo sin siquiera conocerme. Prefería no despertar ninguna clase de sentimiento en nadie antes que provocar miedo, lo tenía muy claro.

—¿Miedo por qué? —dije, cautelosamente.

—Porque eres inteligente, guapo y fuerte... quizás sienta que le estás quitando protagonismo y está intimidado...

Abrí la boca, ise estaba refiriendo a esa clase de miedo! Suspiré aliviado, puesto que pensaba que ella quería decir miedo de verdad, no simple rivalidad.

Tardé unos segundos más en volver a recordar lo que Gina había dicho de mí: ¿inteligente? ¿Fuerte?... ¿De verdad había dicho guapo?

Dirigí la mirada hacia ella, curiosamente, y me sorprendí al ver que estaba completamente roja, como si hubiera hablado sin pensar.

Una oleada de calidez desconocida me visitó y se instaló en mi estómago un momento. Esa chica era extraña pero me gustaba, me hacía sentir algo raro...

Estaba claro que no podía tener nada con ella, ninguna chica merecía acabar con alguien como yo, pero aun así, esa fue la primera vez que pensé que me gustaría abrazarla. Aunque sólo fuera por sentirla pegada a mí un segundo.

Desde hacía meses me sentía muy solo, más que nadie.

Deseché ese pensamiento un instante después, como siempre. Esa clase de cosas sólo me hacían sentirme peor.

Cambié de tema de inmediato y, poco a poco, Gina y yo comenzamos a hablar de todo un poco. La verdad es que era una chica muy inteligente, y además era sincera; me decía las cosas tal y cómo las veía y sentía de verdad. Pocas veces me había cruzado con alguien así. En Washington la mayoría de personas decían sólo lo que creían que no me haría enfadar y las chicas solían soltar cualquier tontería que pensaban que a mí me

gustaría.

Y allí estaba Gina, rebatiéndome cualquier tontería con una sonrisa permanente enmarcada por su cabello pelirrojo. Era preciosa y yo habría sido tonto al no ver cómo algo le nublaba la vista con preocupación aunque ella intentara fingir que no era así.

Seguramente estaba enamorada de ese gilipollas de John y le había dolido la discusión que habían tenido.

Me habría gustado hacer algo para que se olvidara de él, que se diera cuenta de que era un error, pero yo menos que nadie podría juzgar a alguien como malo.

Llegamos a la puerta de la casa de Gina, que efectivamente estaba a tan sólo dos casas de la de mis abuelos, y justamente mi móvil comenzó a sonar: tenía un mensaje nuevo.

El mensaje era de Karen, la chica de clase a la que había conocido hacía unas horas, pero con quien había congeniado de repente. En él me invitaba a salir con ella y sus amigos esa tarde para que, además, yo le contara con detalles qué había ocurrido en mi castigo. Le contesté afirmativamente, ya era hora de que conociera a nueva gente y me abriera un poco al mundo.

—¿Qué pasa? —Gina arrugó la nariz tenuemente, curiosa.

—Es un mensaje de Karen, quiere que salgamos esta tarde.

—Ah.

Tras dos segundos callada, finalmente sonrió con amplitud, y dio un par de pasos atrás.

—Será mejor que entre ya a casa, Erik. Te veré el lunes.

Le devolví la sonrisa, mucho menos amplia, y ella desapareció al cabo de un momento.

Yo me quedé delante de su casa durante medio minuto más, pensando en todo lo que había ocurrido ese día.

Junto a mí, el olor afrutado de Gina aún seguía allí.

Capítulo 6

5- Una cerveza amarga y un chico dulce.

Gina

Entramos al bar sobre las doce de la noche.

Estaba oscuro y lleno de gente, pero no fue muy difícil encontrar una pequeña mesa vacía junto a la pared, al final del bar.

Antes de que pudiera darme cuenta, Claire apareció con dos enormes vasos rebosantes de espumosa cerveza en la mano.

—¿Cómo lo has conseguido? —dije, asombrada.

Claire sonrió con picardía y, dejando las cervezas encima de la mesa, sacó una pequeña tarjetita de su bolsillo. Lo observé durante unos momentos, ¡era un carné de identidad falso!

No quise saber de dónde lo habría sacado y me limité a mirar el vaso. La verdad era que detestaba la cerveza.

Claire bebió un gran trago y me observó durante unos momentos.

—Bebe, Gin. ¡Está buena!

—Claro que no...

—Además, el alcohol es lo mejor para olvidar.

Sonreí amargamente.

—No tengo nada que olvidar. No quiero saber nada más de John y ya.

Claire volvió a abrir la boca para responderme, pero antes de que pudiera hacerlo comenzó a sonar su teléfono. Durante unos segundos se quedó mirando a la pantalla.

—Es Jason, estará buscándonos —murmuró Claire mientras se levantaba y salía fuera del bar para poder hablar por teléfono.

Yo me quedé sola. Miré a mi alrededor unos segundos, pensativa, y después bebí un trago de esa amarga cerveza. Estaba horrible...

—No sabía que bebieras —dijo una voz detrás de mí.

Yo me giré rápidamente, volviendo a dejar el vaso en su sitio y sentí mi pulso acelerarse de pronto al ver a Erik ahí.

Sonreí como si fuera estúpida durante unos segundos, hasta que comprendí que eso no era lo más adecuado para ese momento.

—¿Quieres sentarte? —Le ofrecí, señalando la silla vacía de Claire.

Él me ofreció una de sus preciosas sonrisas.

—No, estoy acompañado.

Con su dedo señaló a un grupito de cinco o seis personas que se encontraban charlando alegremente junto a la barra del bar, a unos metros de nosotros. No me costó nada reconocer a Karen entre ellos y ésta me saludó con la mano desde lejos.

No supe por qué, pero una parte de mi mente encontró odioso ese gesto por parte de ella ya que, además, nunca habíamos sido amigas.

Con educación le devolví el saludo con la mano y volví a agarrar el vaso de cerveza para dar un nuevo trago, algo más grande que el anterior.

Mi rostro debió de contraerse visiblemente al tragar la bebida, puesto que Erik soltó una carcajada al verme.

—No te gusta demasiado, ¿verdad?

Yo negué con la cabeza, arrugando la nariz.

—¡Es horrible! ¿La quieres?

—No, no bebo alcohol... digamos que no me siento bien.

Me entró curiosidad al escuchar esto.

—¿Eres de esos que, cuando beben, se despiertan en la cama de una desconocida a 300 km de su casa y con una mariposa tatuada en el trasero?

Erik volvió a reír, lo que me hizo sentir extrañamente bien.

—Algo así.

Frente a mí vi aparecer de nuevo a Claire.

—Jason está aquí cerca, vendrá en cinco min... —Se quedó callada al ver a

Erik—. Oh... hola.

Erik la saludó educadamente también.

—Bueno, tengo que irme —murmuró—. Debo hacer nuevos amigos y socializar, ya sabes.

Por un segundo tuve el impulso de pedirle que se quedara, de decirle que podía sentarse con nosotras y tomar algo mientras hablábamos, pero sabía que Claire me mataría si hacía eso. A ella no le caía nada bien Erik.

—¿Te veré luego? —pregunté.

Sus ojos verdes se clavaron en mí y, durante un glorioso instante, vi cómo mordía su labio inferior suavemente, antes de contestarme.

—Puede.

Y después se fue.

Reuní todas mis fuerzas para girarme y observar a mi amiga, que enarcaba una ceja con extrañeza sin hacer ningún movimiento.

—¿Y eso ha sido...?

—Nada —contesté—. Me cae bien, es simpático. Y vive al lado de mi casa.

Ella se mordisqueó el pulgar, como siempre solía hacer, sin dejar de mirarme fijamente.

—¿"Es simpático"? —dijo, hablando bajo—. Sabes que tiene la culpa de que hayas roto con John, ¿no?

Fruncí el ceño. ¡Eso era injusto!

—Por supuesto que no, Claire. ¡Erik no ha hecho nada! Si John y yo hemos cortado ha sido solamente porque él es un idi...

De pronto un grito me interrumpió.

—¿Cómo que tú y John habéis cortado?

Me callé. Jason acababa de llegar.

Mi amigo no volvió a preguntar, sino que cogió una silla y se sentó junto a mí de inmediato.

Llevaba una camiseta de Batman y unos pantalones cortos y negros; su cabello castaño caía en ondas sobre su rostro, resaltando sus enormes

ojos azules.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, hemos discutido y... —traté de decir.

Pero Claire chasqueó la lengua y me interrumpió de inmediato.

—No; lo que realmente ha pasado es ese tío de ahí. —Con el dedo señaló a Erik, sin importarle que él o cualquiera de sus acompañantes se diera cuenta.

—¿Quién es ese? —preguntó Jason.

—Es un idiota de nuestra clase. Ha llegado nuevo esta semana y Gin ya parece haber perdido la cabeza por él.

—¡Eh! —exclamé malhumorada.

Claire ahogó un grito exasperado.

—¡Has tirado dos años a la basura con John en cuanto ha aparecido ese! —dijo esta palabra con cierta amargura—. ¿Tan poco te importa John?

Jason intentó tranquilizarla, pero Claire me estaba poniendo de muy mal carácter a una enorme velocidad.

—¡No es asunto tuyo cuánto me importa John! Métete en tus cosas, Claire.

Furiosa, me levanté de la mesa, dejando la cerveza casi entera sobre la superficie de madera.

—Vamos, Gin. Soy tu amiga, me preocupo por ti.

Respiré hondo y valoré el volver a sentarme de nuevo y fingir que nada había ocurrido, pero el ambiente de ese bar me estaba ahogando poco a poco.

—Voy a salir a tomar el aire —anuncié.

Y sin más dilación, me dirigí hacia la puerta, resoplando.

A mi espalda Jason me siguió, agarrándome suavemente del brazo en cuanto salí a la calle. Frente al bar pasaban muchachos borrachos y chicas de doce o trece años vestidas como si fueran strippers profesionales.

—¿Por qué tiene que estar de parte de John si es mi mejor amiga?
—pregunté con amargura.

Jason me acarició la mejilla con suavidad.

—Creo que piensa que, en cierto modo, hace lo mejor para ti. La verdad es que el chico de ahí adentro parece peligroso.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Tú también?

—No, no. —Jason intentó calmarme—. Sólo intento entender a Claire. A mí John me parece imbécil. De hecho, permíteme darte la enhorabuena por haberle dejado, señorita.

Teatralmente, Jason hizo una especie de reverencia y me besó la mano. No pude evitar reírme, relajándome un poco.

No sabía qué era eso que todos veían de malo en Erik. Era un chico educado y conmigo se portaba muy amablemente, si tenía algo malo, yo no era capaz de percibirlo.

—Ahora habrá que buscarte un nuevo novio —opinó Jason—. Eres demasiado guapa para estar soltera.

Alcé las cejas.

—¿Cómo voy a salir con alguien tan pronto? ¿Qué dirá la gente?
—bromeé.

—Sobre todo si tu nuevo novio tiene el pelo rapado, los ojos azules y todos esos fuertes músculos cubiertos de tatuajes... ¿Qué habrá debajo de esa camiseta tan fina y... uuhh qué esconderán esos calzoncillos de Calvin Klein?

Le golpeé el brazo con suavidad. No quería que empezaran a meterme cosas en la cabeza. A mí Erik no me gustaba... solamente me parecía guapísimo, simpático, misterioso...

—¡Cállate! —dije nerviosamente—. Parece que te ha gustado a ti.

—Me ha dado la impresión de que no soy su tipo, pero quién sabe, quizá algún día...

Sabía que estaba bromeando. Jason llevaba un par de meses saliendo con una chica mayor, de su universidad, y aunque casi nunca hablaba de ella,

creía que ella le gustaba de verdad.

Cuando Jason volvió a sonreírme yo no pude resistirme a abrazarle.

—Muchas gracias, Jason —dije sin soltarle—. Espero que Claire cambie de opinión.

En ese momento la puerta del bar se abrió y salió Erik. Me puse tensa de pronto, a la vez que mi corazón se aceleró. No pasaba nada, sólo era un chico!

Me separé de Jason rápidamente y observé cómo Erik sacaba su paquete de tabaco del bolsillo y encendía un cigarrillo. Antes de que pudiera darme cuenta, Jason me empujó hacia Erik y volvió a entrar al bar.

—Hola —musité al casi chocar con él.

Erik sonrió.

—Veo que ya has sustituido a John. ¡Qué rápida!

Enrojecí al pensar que me había visto abrazando a Jason.

—No, no yo... yo no —comencé a decir, pero se me trabó la lengua varias veces—. Es sólo mi mejor amigo, no estamos saliendo.

De entre los carnosos labios de Erik salió humo, mientras se reía y yo me quedé embobada, observando las volutas transparentes flotar por el aire.

—Era una broma, Gina.

En ese momento me sentí estúpida. Seguro que Erik pensaba que la naturaleza había decidido privarme de un par de neuronas y por eso no decía más que tonterías.

—Claro.

Después de unos segundos volví a mirarle y él me ofreció su cigarrillo, sin mediar palabra.

—No, gracias —dije—. Me gustan mis pulmones tal y como están.

Sus ojos se iluminaron ante mi comentario.

—Dentro de ochenta años ten por seguro que mis pulmones negros y

estropeados serán tan útiles como los tuyos.

—Espero estar viva dentro de ochenta años para poder demostrar que eso no es cierto.

Erik esbozó una sonrisa pícaro y tiró el cigarrillo al suelo. Después lo pisó.

—¿Contenta?

No creía que fuera a hacer eso; Erik no parecía el tipo de persona que aceptaba consejos de cualquiera, pero me hizo sentir extrañamente importante el saber que me había escuchado.

—¿Quieres que vayamos a otro bar a tomar algo? Te invito a una coca-cola —propuse.

Me sorprendí mucho a mí misma al ser capaz de decirle eso, pero simplemente que me apetecía hacerlo. Me gustaría hablar con Erik, saber más cosas sobre él.

—¿Y tus amigos? —preguntó, como asegurándose.

—Esperarán —afirmé.

Erik volvió a sonreír y sus ojos verdes se clavaron en mí. Parecía que no se creía que lo estuviera invitando, pero iba completamente en serio. Finalmente asintió con la cabeza y caminamos un par de pasos, pero de pronto se dio la vuelta y se quedó mirándome fijamente. Se acercó a mí y pude volver a apreciar lo ridículamente bajita que parecía yo a su lado. Su camiseta me rozó y yo me estremecí.

—Quiero que sepas que sería mejor que te alejaras de mí.

No supe si se trataba de una broma. ¿Por qué me estaba diciendo eso? Me mordí el labio y sonreí, prefería pensar que lo que decía no iba en serio. Su rostro expresaba cierta gravedad.

—No eres tú quien decide con quién debo o no debo estar.

No aparté la mirada de sus ojos en ningún momento y noté que él estaba a punto de asentir y volver a caminar junto a mí, pero en vez de eso levantó la vista, fijándose en algo que estaba detrás de mi cuerpo.

—Mierda —susurró.

Y cuando me giré, lo único que pude ver fue a John acercándose rápidamente hacia nosotros.

Capítulo 7

6- El bueno y el no tan malo.

Erik

Casi sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, aparté a Gina de la trayectoria de John, que venía hacia nosotros corriendo violentamente. ¿Qué cojones estaba haciendo ese tío?

En el último momento también yo conseguí desviarme de su camino. En ese instante, uno de los cuatro chicos que iban con él se adelantó y lo agarró por los brazos, poniéndoselos a la espalda, tratando de que John no se moviera.

Ante su irremediable inmovilidad, John me miró y comenzó a gritar.

—¡Hijo de puta!

Por su tono supe de inmediato que estaba borracho como una cuba. Incluso me pregunté cómo demonios no lo había sabido antes: estaba despeinado, con los ojos rojos y le costaba mantener el equilibrio.

—Cállate, John —le instó el chico que lo sujetaba, en un intento de susurro.

John le propinó una patada a su propio amigo y consiguió liberarse, para acercarse de nuevo a nosotros, como una bestia salvaje.

Oí a Gina gemir a mi lado, horrorizada, y, con un brazo protector, la coloqué a mi espalda.

—Eres una mierda —volvió a gritarme John.

Yo respiré hondo. No iba a hacerle nada, al igual que él tampoco se atrevería a tocarme... ¿verdad?

Un año antes ni siquiera hubiera hecho falta que me insultara para que me lanzara sobre él y le diera la paliza de su vida.

Si John se hubiera cruzado en mi camino mientras vivía en Washington... habría sido la peor decisión de su triste existencia. Pero no, yo estaba allí, en Phoenix y ya no era la misma persona.

En el campo de baloncesto me había pillado con la guardia baja, pero en ese momento estaba tranquilo y no podría obligarme a pegarle, a no ser que...

—John, tranquilízate. ¿Qué está ocurriendo? —musitó Gina a mi espalda, con voz suave y conciliadora.

No pude evitar pensar que esa chica tenía agallas. Su novio la miraba casi como si quisiera matarla y ella parecía tan calmada como siempre.

John ni siquiera la dejó terminar de hablar.

—Cállate, puta. Esto es por tu culpa —se tambaleó un momento—. ¿Acabamos de romper y ya te estás tirando a este gilipollas?

No podría obligarme a pegarle, a no ser que... intentara hacerle daño a Gina, y de hecho lo hizo. En apenas un momento, John se lanzó sobre nosotros, pero yo pude empujarle antes de que llegara a tocar a la chica. La realidad era que estaba tan ridículamente borracho que era más patético que amenazante, no tenía absolutamente nada que hacer contra mí.

—No te acerques a ella —dije con gravedad y firmeza.

Sus amigos no parecían decidirse a pelearse conmigo. Quizás, al fin y al cabo, no eran tan tontos como parecían.

—¿O si no qué? —me preguntó John, con bravuconería.

En ese momento fue cuando las personas que estaban dentro del bar parecieron darse cuenta de lo que estaba ocurriendo fuera, así que, en un instante, veinte personas se encontraban ya en la puerta observando la discusión.

John pareció sentirse aún más motivado en su embriagado ego al descubrir tantas caras fijándose en él.

—No me importa lo que quieras hacer con esta zorra, al final va a volver conmigo. Tú no pintas nada aquí.

Me estaba comenzando a enfurecer de verdad que insultara a su ex novia con tanta facilidad.

Tenía una parte de razón, yo no pintaba nada allí, pero Gina y yo no estábamos haciendo nada malo. Simplemente hablábamos. ¿Acaso él no tenía una mínima pizca de decencia y consideración por el tiempo que había estado con ella?

Me parecía increíble que ella quisiera que tomáramos algo juntos. Al principio incluso había creído oír mal. ¿Qué razón iba a tener alguien como Gina para dejar a sus amigos plantados en un bar y venir conmigo?

Estaba claro que Gina era alguien muy especial.

Y por eso me molestaba aún más que John fuera tan estúpido con ella.

De entre la gente un chico se adelantó y caminó hacia nosotros. Lo reconocí como el muchacho que antes había abrazado a Gina, su amigo.

—Ven, Gin —la llamó en voz baja, intentando atraerla de nuevo hacia el bar.

—¡Déjala, Jason! —dijo John, sin moverse de su sitio—. Métete en tus putos asuntos.

El muchacho no pareció intimidado en absoluto por él, sino que endureció el rostro y lo miró con seriedad.

—Mi mejor amiga forma parte de mis putos asuntos, John.

Por entre la multitud pude ver las largas trenzas rubias de Claire, que no apartaba la mirada de John. Pero curiosamente, no había rastro de desagrado en su rostro. En absoluto.

Me vino a la mente que Karen, en pleno alarde de sabiduría sobre los cotilleos del instituto, me había comentado que Claire y John siempre habían tenido un rollo extraño. A espaldas de Gina, por supuesto.

Se me revolvió el estómago al ver en la mirada de Claire que todo esto, seguramente, era verdad.

Y, según Karen, Claire sólo era la primera de una larga lista.

¿Hasta qué punto sería tan repulsivo John?

—Vámonos, Erik —me pidió Gina, que no se decidía a irse con su amigo Jason.

Durante unos segundos, se acercó tanto a mí que pude oler perfectamente su perfume emanando de cada centímetro de su piel. Posó sus finas manos en mi brazo un momento, instándome a irme con ella.

—Además de ser una basura, ¿también eres un cobarde? —me picó John al verme dudar.

Juro que en otra época lo habría destrozado con mis propias manos.

Mi paciencia llegó a su límite.

—Vete —le susurré a Gina.

Ella negó con la cabeza, clavándome sus preciosos ojos marrones en una súplica silenciosa.

Yo me giré hacia John, resignado y convencido por Gina. Ese día no le partiría la cara.

—Agradece que hoy esté de buen humor —dije fríamente.

Y, sin previo aviso, en cuanto volví a mirar a John vi cómo éste, de pronto, tenía una botella de cristal rota en la mano.

Me alejé de Gina con rapidez, intentando atraerlo a mi posición y alejarlo de ella lo máximo posible. Fue relativamente fácil esquivarlo y defenderme, puesto que yo estaba con los cinco sentidos frescos y él... En fin.

Con una llave de lucha agarré su brazo y lo retorcí de tal manera que acabé situado a su espalda, reteniéndolo completamente contra mi cuerpo, inmovilizado mientras John gemía lastimeramente.

La botella cayó al suelo y se terminó de romper, con gran estruendo. La gente contenía el aliento y, en cuanto me percaté de lo que estaba ocurriendo, supe que tenían miedo. Tenían miedo de mí.

Me estremecí. No, eso no podía estar pasando de nuevo. Yo no iba a hacerle daño...

Busqué, desesperado, la mirada de Gina. La muchacha se había llevado las manos a la boca, con preocupación.

Estaba seguro de que también ella estaba asustada. Era un imbécil completo por haberme permitido hablar con ella, trabar esa extraña complicidad. No debería haberla defendido del cabrón de su ex novio, ni siquiera haberme sentado a su lado al llegar a clase. Porque si entonces no hubiera hecho eso, en ese momento no me gustaría Gina, y todo sería mucho más fácil para ambos.

Para Gina yo sólo era un problema. Un gran problema.

Me dispuse a soltar a John, para que la gente pudiera volver a respirar de nuevo. Pero algo me interrumpió.

Un momento después, tres figuras salieron de entre los atónitos amigos de John, que seguían sin decidirse a intentar atacarme.

Las tres personas iban vestidas de negro y una de ellas gritó.

—Alto, ¡policía!

De nada sirvió intentar conversar con ellos, hablar y explicarles la situación.

Apenas unos minutos después, John y yo viajábamos en dos coches patrulla rumbo a la comisaría. Detenidos.

Capítulo 8

7- Un frío calabozo y un gélido adiós.

Gina

A primera hora de la mañana de ese sábado aparecí en la comisaría.

No había pegado ojo en toda la noche, pensando en lo que había ocurrido. Odiaba a John como nunca pensé que podría llegar a hacerlo, y, por su culpa, Erik había tenido que pasar una noche en el calabozo.

Bueno, por culpa de John, pero también por la mía; Erik lo había hecho todo por defenderme.

Llegué al mostrador principal de la comisaría, tras el que se encontraba una policía rubia vestida con el uniforme.

—¿En qué puedo ayudarte?

Me aclaré la garganta.

—Vengo a buscar a Erik... Poltsky. Ha pasado toda la noche detenido.

La chica asintió con la cabeza y lo comprobó en su ordenador. Unos segundos después alzó la cabeza hacia mí de nuevo.

—Saldrá en unos minutos, puedes esperar allí. —Me señaló una pequeña sala de espera—. Allí hay otra mujer que también ha venido a buscar al mismo chico.

Cuando llegué a la sala de espera, sentada con aire ausente encontré a Margaret Poltsky, mi vecina, con la que siempre me había llevado bien y que era la abuela de Erik.

—Hola, señora Poltsky —saludé amablemente.

Ella alzó la vista, sin interés alguno, pero su rostro se iluminó tenuemente al verme allí. Sonrió todo lo que pudo al hacer amago de levantarse.

—No se levante, me sentaré con usted —dije.

—Gina, ¿qué haces aquí? —preguntó ella.

Yo me mordí el labio, no sabía muy bien cómo contestar.

—He venido a buscar a su nieto. Me sentía en la obligación de hacerlo, después de lo que sucedió anoche.

La anciana abrió mucho los ojos. En su piel adiviné ojeras, seguro que también ella había pasado una mala noche pensando en Erik estando allí. Yo ni siquiera había querido mirarme a mí misma en un espejo tras las lágrimas derramadas por la noche al llegar a mi habitación. Seguro que tenía cara de narcotraficante.

—¿Tú también estabas allí? Ay, Dios mío. Sólo sé que ha sido una pelea, yo... yo creía que Erik había cambiado, ini siquiera conocía a mucha gente en la ciudad aún!

La señora Poltsky se lamentó, y yo me sentí aún más culpable. Decidí no pensar en aquel momento en ese "había cambiado", y me centré aún más en tranquilizar a la mujer.

—No fue exactamente una pelea —expliqué—. Erik no ha hecho nada malo, él sólo trataba de defenderme.

Ella me miró, con curiosidad, en sus ojos se adivinaba una piza de esperanza.

—¿Defenderte? Pero... ¿qué ocurrió?

Yo le narré con paciencia que esa tarde había roto con mi novio y que, al encontrarnos juntos por la noche y estando borracho, había intentado atacarme.

Se llevó una mano a la cara, completamente perpleja.

—Creí que había sido una pelea callejera —volvió a decir.

—No, en absoluto, señora Poltsky. Le juro que Erik no quería hacer nada, simplemente me defendió durante todo el tiempo, y al final la policía los detuvo a ambos.

Mientras la mujer parecía procesar toda la información, mi móvil sonó débilmente. Lo saqué del bolso y encontré un WhatsApp de alguien que no conocía. Lo abrí.

"Hola, soy Karen. Imagino que estás preocupada por Erik, van a soltarlo

ahora.”

Respondí rápidamente.

“Lo sé, estoy en la comisaría. He pensado que debía venir a buscarle”

Esta vez tardó un poco más en contestarme.

“Ok. Salúdale de mi parte, lo llamaré luego.”

Volví a guardar el móvil, pensando en lo extraño que me parecía que Karen me hubiera hablado por primera vez en mi vida y, en ese momento, un policía apareció, escoltando a Erik hasta la sala de espera por un gran pasillo.

Su abuela y yo nos levantamos de inmediato de nuestros asientos y esperamos a que llegara. Su expresión fue de sorpresa al verme, pero en apenas un segundo volvió a cambiarla hasta una neutral.

—Erik... —en la voz de Margaret se adivinó un acceso de llanto.

Ambos se abrazaron estrechamente, ninguno de los dos me miró y, durante un par de minutos de amor abuela-nieto, yo simplemente conté las baldosas del suelo. Me sentía incómoda, pero aun así no habría renunciado a ir allí. Tenía que ver a Erik; comprobar que estaba bien. ¿Quién sabe lo que podría pasar en una noche entera en el calabozo?

—Tranquilízate, abuela —murmuró con tranquilidad—. Ni que fuera mi primera vez en uno de estos.

Al decir esto me miró, tan sólo un segundo, después volvió a centrarse en su abuela.

Al cabo de un momento salimos de la comisaría, que parecía asfixiarnos cada vez más. Nuestras casas no estaban lejos de allí, por lo que nos dispusimos a ir andando.

—Tengo que hacer una llamada —musitó la abuela de Erik sacando su teléfono móvil del bolso.

La mujer se alejó varios metros de nosotros, caminando por delante con rapidez y me di cuenta enseguida de que sólo pretendía darnos un poco de intimidad. Ni siquiera quería pensar en lo que ella se estaría imaginando.

Cuando Erik habló, su voz fue dura.

—No era necesario que vinieras.

Por desgracia, seguramente sabéis cuál es la sensación que provoca una bofetada inesperada en el rostro. Eso fue lo que sentí con sus palabras. Alcé la vista hacia sus profundos ojos verdes, mirándolo sin comprender.

—Por supuesto que era necesario —dije—. Siento mucho lo que pasó ayer... entiendo que estés enfadado, pero te juro que yo...

—No estoy enfadado —me interrumpió—. Pero lo de anoche sucedió porque estábamos juntos. Estuviste en peligro por el simple hecho de estar conmigo en ese momento y en ese lugar. ¿Qué habría ocurrido si John también hubiera salido del calabozo ahora mismo y te hubiera encontrado aquí?

—¡John no va a decirme lo que debo hacer! —protesté.

Erik se detuvo y colocó sus manos a ambos lados de mis hombros, centrando sus ojos en mí con seriedad.

—Si el hecho de que estemos juntos va a traer consigo estos problemas, no lo estaremos.

Tenerlo a apenas unos centímetros de mi rostro me estremeció. Sus tatuajes recorrían completamente su pecho, y se adivinaban por debajo de la camiseta. Tragué saliva y me centré en hablar correctamente.

La idea de que quizás me estaba comportando como una niña egoísta llegó a mi mente y de pronto barajé otra idea: la de que quizás era Erik quien no quería estar conmigo, sin necesidad de que John tuviera nada que ver.

—¿Estás intentando decirme que no quieres que estemos juntos?

Pareció pensar unos segundos y se me cayó el alma al suelo de humillación. Yo había supuesto que Erik iba a plantarle cara a John, pero desde luego que no podía pretender eso; Erik era libre de hacer lo que él quisiera. Sólo era un chico de mi clase con el que había conectado desde

el primer segundo...

—Quiero decir que no quiero problemas, ni para ti ni para mí.

Me obligué a asegurarme, aún a riesgo de resultar más penosa.

—¿No seremos amigos, entonces?

Durante apenas un segundo, Erik se mordió su carnoso labio inferior, y en ese momento, mi mirada se quedó atrapada en su boca.

—Créeme —dijo finalmente—. No te gustaría ser mi amiga.

Quise replicar, volver a decir algo, pero Erik se alejó de mí de repente.

—Adiós, Gina.

Y antes de que yo pudiera alzar una sola ceja, se fue de mi lado, corriendo hasta donde su abuela se encontraba, a gran distancia de nosotros. Yo me quedé completamente estática y, tras un par de minutos sólo pude hacer una cosa.

Me di la vuelta y saqué mi móvil del bolsillo. Marqué el número rápidamente y me coloqué el teléfono en el oído.

—Jason... voy hacia tu casa. Necesito hablar.

Capítulo 9

8- La verdad y tus palabras.

ERIK

Tan sólo habían pasado dieciséis días, pero sentía que habían transcurrido tres meses desde lo ocurrido en el bar y en la puerta de la comisaría a la mañana siguiente.

Durante todos los días fui a clase, escuché en todas las materias y fingí no estar mirando hacia Gina a cada momento, aunque Karen solía darme patadas por debajo de la mesa de vez en cuando, para que me centrara en lo que decía el profesor.

Gina llevaba dieciséis días sin ni siquiera mirarme en clase, mucho menos dirigirme la palabra.

Los primeros días de la semana, John no apareció por clase, pero finalmente terminó volviendo; haciéndome incluso menos caso que Gina. Por su mirada, que nunca se cruzaba con la mía y su extraño intento de pasar desapercibido, supe que John había aprendido la lección. Eso era lo que ocurría cuando un niño pijo y borracho pasaba una noche entera en un calabozo junto a algunos delincuentes de verdad, gente realmente peligrosa.

El timbre sonó y el profesor de literatura se levantó de su silla y salió de la sala rápidamente. Ahora teníamos unos minutos libres, tras tres horas de clase.

Karen se sentó sobre mi mesa.

—¿Quieres ir a fumar? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza mientras mi vista se desviaba a Gina, que hablaba con Claire en la fila de delante, a unos metros de mí.

Llevaba el brillante cabello rojo recogido en una coleta y una camiseta negra que dejaba su espalda al descubierto.

Creo que nunca había visto que una chica fuera tan perfecta sin ser consciente de ello.

—¡Erik! —la voz de Karen me sacó de mi ensoñación.

—¿Qué pasa? —dije, prestándole atención a mi amiga.

—¡Vamos a la calle! Todo el mundo se está yendo... —protestó—, ¿qué

demonios estás miran...?

Sólo bastó que se diera la vuelta un segundo para que se percatara de que estaba mirando a Gina. Se bajó de la mesa, sentándose a mi lado.

Con un aire casi maternal me acarició el cabello unos segundos.

—Ay, Erik... Estás coladito por una chica que también lo está por ti —susurró—. ¿Dónde está el problema?

Me aclaré la garganta con aire molesto.

No era la primera vez que Karen me decía que yo le gustaba a Gina, pero no lo creía. Me negaba a creerlo.

Sabía que físicamente era extrañamente atractivo para casi todas las chicas, no podía negar que en otras ocasiones me había aprovechado de eso para salirme con la mía, pero sólo era eso, confusa fascinación momentánea por mí.

En cuanto una chica me conocía de verdad y salía conmigo durante más de una semana, terminaba dejándome por alguno de mis amigos o llorando y gritándome por cualquier estupidez cada vez que tenía ocasión.

Simplemente, las mujeres no parecían soportarme... e imagino que yo nunca había querido ser soportado por una. Mi vida en Washington era muy diferente a la que estaba llevando allí. No había tiempo para algo más rápido que dos polvos en cualquier parte, y aun así, siempre me había dado igual.

Por un segundo me imaginé cómo serían esos “dos polvos” con Gina, y la imagen de ella, con el cabello rojo despeinado y su piel desnuda mientras me besaba lentamente en los labios fue demasiado realista. Parpadeé con fuerza para quitarme eso de la cabeza.

—No digas bobadas —le contesté a Karen—. No le gusto ni quiero gustarle. Me importa una mierda.

Ella se rió sarcásticamente.

—Mírala —me instó—. Pobre Gina. Parece que no se entera de nada y además sólo se junta con imbéciles. Ahora mismo cree que está hablando con su mejor amiga cuando, en realidad, lleva dos años acostándose con su novio y ocultándoselo porque, al parecer, disfrutan riéndose de ella. Y para colmo, el chico que le gusta le ha dicho que no quiere volver a acercársele.

Fruncí el ceño.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé todo, Erik. Soy una chica y además me gusta observar —respondió Karen—. Me gustaría hacer algo; la pelirroja es simpática, pero me temo que yo no tengo nada que ver en esto...

¿Estaba insinuando que debería ser yo quien hablara con ella sobre el asunto de John y Claire?

En ese momento nos llegó la conversación que las dos chicas estaban teniendo, prácticamente sin reparar en nuestra presencia.

—Deberías volver con John, Gin. Vas a quedarte sola si no lo haces —dijo Claire.

Gina se llevó la mano al pecho, ofendida, y habló en voz más alta.

—¡Ni siquiera he pedido tu opinión, Claire! ¿Acaso no viste cómo me trató la otra noche?

—Estaba borracho —la rubia le intentó restar importancia—. Y además estabas con ese... ¿Cómo esperas que se ponga John?

—No espero que se ponga de ninguna manera. Él ya no tiene nada que ver conmigo.

—Te estás portando de una forma muy egoísta, Gin. Estás siendo muy infantil.

Karen y yo observábamos la escena, atónitos.
Al instante siguiente, la voz de Gina sonó dolida.

—No entiendo por qué siempre te pones de su lado, Claire. John ha sido un capullo conmigo y aun así siempre lo defiendes.

Claire se levantó de la silla, molesta.

—John ha hecho lo que ha podido, no le has dejado más opciones.

Y sin decir nada más, se fue de la clase.

En ese momento, Gin miró hacia atrás y pareció sorprendida al vernos; como si no se hubiera dado cuenta de que Karen y yo nos habíamos quedado allí.

La muchacha comenzó a enrojecer y, finalmente, se giró en su silla, mirando hacia delante.

Karen se levantó de nuevo y caminó hacia la puerta.

—¿Sabes, Erik? Voy a traerte un bocadillo. Apuesto a que tienes hambre —balbuceó—. ¿Por qué no vas haciendo eso que hemos comentado?

No esperó que yo respondiera nada; al instante siguiente, la muy traidora se fue, dejándonos a Gina y a mí completamente solos.

Quizás era el momento de hacer algo...

Con todo el valor que fui capaz de reunir, me levanté de la silla y me acerqué hasta donde se encontraba Gina.

—Hola —murmuré.

Ella frunció los labios, en un gesto casi imperceptible.

—¿Quieres algo?

Estaba enfadada, y no me extrañaba. Llevaba sin hablarle dos semanas y ahora parecía que sólo lo estaba haciendo por pena.

—Quería... decirte que no te preocupes por lo que acaba de pasar con Claire.

—No me preocupo.

Lo dijo sin mirarme. Yo la observaba desde arriba, así que decidí sentarme a su lado para quedar un poco más a su altura.

—Gina... quizás yo no soy el indicado para decirte esto...

Por fin atraje su atención, porque la muchacha alzó los ojos hacia mí y se quedó mirándome fijamente. Mi mente volvió a gritar que era perfecta y de nuevo me atacó el oscuro pensamiento de tenerla desnuda, bajo mi cuerpo, respirando el olor de su piel y sintiendo su cabello rojo cosquilleándome.

Abrí la boca, pero no fui capaz de dejar que las palabras surgieran por ella. ¿Cómo le dices a una persona que su novio la ha engañado con su mejor amiga? Quise echarme atrás, maldiciendo a Karen.

—¿Qué? ¿Vas a decirme que no estoy siendo lo suficientemente invisible para ti?

Me molestó su acusación. ¿Invisible? ¡Ella era lo único que podía mirar en esa maldita clase durante seis horas al día! Y después, por la noche, salía a recorrer la calle en la que vivíamos con la esperanza de verla por

“casualidad”. Pero ningún día había sucedido.

—No sabes lo que dices.

—¿Qué vas a decirme, Erik? Creía que ya me habías dejado totalmente claro que tú y yo no tenemos nada de lo que hablar, y que...

Tragué saliva y volví a mirarla.

—Tu amiga Claire... tiene un rollo con John. —Lo solté de golpe, interrumpiéndola.

Tardó unos segundos en asimilar lo que acababa de decir.

—¿Cómo? —dijo al fin—. Pero, no puede ser. Ellos casi no se han visto estos días, John no ha venido mucho a clase y, y... —Su voz se apagó.

—No te estoy hablando sólo de ahora. Llevan juntos... años.

Gin se llevó los dedos a los labios, sorprendida, con los ojos muy abiertos. Alcé la mano, queriendo rozar su mejilla, o acariciar su pelo. Incluso quise estrecharla entre mis brazos un momento. Pero no lo hice. Bajé la mano rápidamente, antes de permitirme tocarla.

Tras casi un minuto, volvió a centrar su mirada en mí.

—¿Podrías dejarme sola, por favor?

Asentí levemente con la cabeza y me levanté, volviendo a alejarme de ella. Cuando estaba casi en la puerta, Gina volvió a hablarme.

—¿Sabes qué? —dijo—. Ahora encajan muchas cosas.

Sin hablar abrí la puerta y abandoné la clase, no podía quitarme de la cabeza el absurdo pensamiento de que debería haberme quedado allí con Gina.

Pero eso habría sido estúpido, ¿verdad?

Capítulo 10

9- Chicas de pelo azul y tu cuerpo aprisionándome.

GINA

Era una auténtica locura, pero aun así no dudé un segundo en llamar a la puerta de la casa de Erik. Él me había revelado la verdad sobre John y Claire hacía dos días... una realidad, que al parecer, todo el mundo ya conocía.

Una parte de mi mente pensó que incluso yo lo sabía. Lo veía cada día en las miradas de otras chicas, que coqueteaban con John descaradamente delante de mí, lo oía en el tono de voz que Claire usaba para hablar de él e, incluso, en la forma que tenían de saludarse. Se miraban como si se dijeran muchas cosas sin necesidad de abrir la boca.

La única persona que no sabía absolutamente nada de eso era Jason, que había montado en cólera en cuanto se lo había dicho, jurando que mataría a Claire y John con sus propias manos y me entregaría sus cadáveres como ofrenda.

Al parecer, al fin y al cabo, Jason era lo único verdadero en mi vida. Al menos en ese momento.

Volví a llamar a la puerta de Erik, ya que la primera vez no había obtenido respuesta, y esta vez me abrió Margaret, su amable abuela.

—¡Hola, Gina! ¿Cómo estás?

No hizo falta que dijera nada más, puesto que la anciana me abrió la puerta y me invitó a pasar.

Durante un par de minutos mantuvimos una conversación cortés, de rigor, pero finalmente me aventuré a hablar con sinceridad.

—He venido a hablar con Erik, señora Polstky.

La mujer sonrió y me condujo a la cocina, allí me instó a sentarme.

—Tiene que estar a punto de llegar, ha salido con Terry hace un rato y... ¡Dios mío! Ya son casi las nueve —dijo—. ¿Quieres tomar algo?

Sobre la cocina eléctrica vi una tetera preparada, así que opté por no resultar maleducada y asentir.

—Un té, gracias.

—No sabes lo contenta que estoy porque Erik y tú seáis amigos. ¡Mi nieto necesita a alguien como tú para estabilizar un poco su vida!

Estaba nerviosa. No sabía cómo reaccionaría Erik al verme... ¿Y si me echaba de allí? ¿Y si me decía que no quería saber nada de mí? Pero algo me decía que no haría eso. Él había sido quien había querido hablar conmigo un par de días antes al contarme lo de John y Claire.

La señora Poltsky comenzó a hablarme de nuevo, pero yo fijé mi mirada en mis vaqueros blancos ajustados y algo rotos, intentando controlar el temblor de mis manos sobre la taza de té.

Aún no se había enfriado la bebida cuando la puerta de la calle se abrió y dos figuras entraron por ella.

Ya no había vuelta atrás. ¡Estaba allí!

—¡Hola, chicos! ¡Estamos en la cocina! —gritó Margaret, y yo me estremecí.

Al cabo de unos segundos, en el quicio de la puerta, apareció Terry, el abuelo de Erik, y por detrás llegó él.

Sentí que me quedaba sin respiración cuando sus ojos se encontraron con los míos y se detuvo justo antes de entrar en la cocina.

Llevaba una camiseta larga de baloncesto y pantalones anchos, por lo que a través de su ropa podía ver la mayoría de sus tatuajes, contorneándose suavemente por su piel. ¿Era legal ser tan atractivo?

Le había dado vueltas a la cabeza los últimos días, cada vez que me sorprendía mirándolo en clase, o cuando pensaba en él, tumbada en la cama sin poder dormir.

La imagen de su rostro duro y sus ojos verdes me hacía sonreír. Ese chico no me gustaba; me encantaba.

—Hola —saludé con timidez.

Terry sonrió ampliamente y me dio la bienvenida posando su mano en mi hombro, Erik movió tenuemente los labios para responderme, aún sorprendido.

Me levanté de la silla, dejando el té sobre la mesa sin haber bebido ni un sorbo.

—¿Podríamos hablar un momento? —pregunté, acercándome a él.

Erik miró a sus abuelos durante unos segundos y después volvió de nuevo la vista hacia mí, asintiendo con la cabeza.

—Ven.

Lo seguí hasta el ordenado salón y después subí las escaleras tras él. Caminamos unos pasos por el pasillo del piso de arriba, hasta que entramos en su habitación.

Era exactamente la habitación que habría imaginado para Erik: tenía un enorme poster de "The Adicts" en la pared, sobre su cama, y pegatinas de grupos punk y rock en el sencillo escritorio. También había muchos libros, algunos eran mis favoritos y otros ni siquiera los conocía.

Entré lentamente a la sala y Erik cerró la puerta tras de mí. A mi derecha encontré un enorme corcho lleno de imágenes: Algunas eran fotografías de cantantes y actores, pero en otras tantas encontré a Erik, más pequeño, posando de forma divertida junto a sus amigos. Nunca había imaginado cómo sería la vida de Erik antes de llegar a la ciudad.

Sonreí al observar que en una de ellas salía con una adorable pareja en un conocido monumento de Washington. El chico moreno abrazaba cariñosamente a la muchacha, que tenía el cabello larguísimo y de un rubio casi blanco. Ambos llevaban camisetas de lo que pensé, sería un grupo de rock llamado "Dark Lust". En mitad de la foto, Erik aparecía saltando, intentando arruinarles el momento romántico.

También salía junto a una chica con el cabello azul en varias imágenes. Me llamó la atención una foto en concreto, en la que llevaba a la joven cargada a la espalda mientras ella alzaba una botella de Jack Daniel's y sacaba la lengua de forma divertida.

De pronto me sentí estúpida estando allí. Después de dos días convenciéndome a mí misma de que debería ir a hablar con Erik, ahora estaba completamente insegura mientras observaba a esa "peliazul" imponente que se las arreglaba para quitar el aliento incluso haciendo una mueca estúpida.

—Son mis amigos de Washington —me explicó Erik.

No pude contenerme; la imagen me estaba quemando la mente.

—¿Quién es ella?

Señalé a la muchacha, que en casi todas las fotos llevaba camisetas de grupos que yo no conocía y cuyos ojos grises llamaban la atención en cada imagen.

—Yuria —dijo él—. Algo así como mi hermana pequeña... es la novia de mi mejor amigo.

En ese momento pude respirar de nuevo, lo cual no me había parecido tan fácil segundos antes. Erik me señaló a otro muchacho en otra de las imágenes: era moreno con el pelo corto y bastante musculoso. Cualquiera habría dicho que podría ser fácilmente uno de los chicos más guapos de Washington, pero con Erik a su lado, no me pareció que fuera para tanto.

Decidí olvidarme de la sensualidad de Yuria y de todos sus demás amigos. Me giré para encarar a Erik.

—Creo que deberíamos hablar —dije con decisión.

Su rostro continuó siendo duro, Erik estaba intentando, deliberadamente, no mostrarme ni una sola emoción y eso no me daba ningún tipo de seguridad.

—¿Hablar de qué?

—¿Por qué me dijiste lo de John y Claire?

Él rió un segundo, de forma amarga.

—Lo siento, Gina. Pero creo que eres la última persona que quedaba por saberlo.

Fruncí el ceño.

—¿Y por qué me lo dijiste justamente tú, si no querías que volviéramos a hablar?

Había hablado diez mil veces con Jason sobre el tema y él, como chico que era, me había asegurado que sólo había una razón que explicara el comportamiento de Erik: que yo le gustara.

Las primeras cien veces que Jason me lo había dicho ni siquiera lo había tomado en serio, pero después, simplemente me pareció que podía ser posible.

No era vanidosa, de hecho, no sabía más de hombres que lo que había aprendido estando esos largos años con John, pero algo en mi cabeza me decía que le gustaba a Erik y, el cielo era testigo de que a mí él me volvía

loca.

Simplemente, cuando estábamos juntos, había chispa.

—Me pareció injusto que no lo supieras —dijo.

—Sí, ya —bufé—. ¿Esa es la explicación oficial que te has dado a ti mismo?

Erik se acercó a mí, con una expresión pétrea. Pensé que quizás, si decía las cosas correctas, lograría romper esa coraza que me estaba mostrando en ese momento y ver lo que opinaba de verdad.

—¿Tienes una mejor?

Durante unos segundos, sólo nos miramos a los ojos, y yo me mostré decidida.

—Creo que lo hiciste porque te gusto, aunque te joda reconocerlo.

Mi corazón se paró al decir eso, para volver a bombear furiosamente al instante siguiente. Esa era una acusación importante y pensé que quizás me había precipitado. A lo mejor Jason estaba equivocado y Erik me había contado la verdad sólo porque le daba lástima ver cómo todos se reían de mí a mis espaldas.

Por primera vez observé una reacción en su rostro, se mostró sorprendido y miró al suelo rápidamente.

—¿Y si, simplemente, creo que no mereces que te traten así? —susurró, con voz ronca.

Mi corazón saltó de alegría en ese momento. ¡No me había contestado que no le gustara! Una parte de mi mente esperaba que se echara a reír ante mi comentario y me diera dos palmaditas en la espalda, pero su respuesta me dotó del coraje que me faltaba para hacer lo que realmente quería hacer.

Con lentitud me acerqué aún más a él, acabando con los pocos centímetros que nos separaban y alcé los ojos para poder centrar mi mirada en la suya.

—¿Y si, simplemente, te gusto?

Poco a poco sus ojos verdes se encontraron con los míos y su expresión fue de derrota, sus ojos me transmitían tristeza y yo me pregunté por qué

era tan malo para él sentir algo por mí. ¿Qué le pasaba?

Lentamente, al ver que él no iba a responderme, me alcé de puntillas y, con el máximo cuidado del que fui capaz, rocé mis labios con los suyos. Olía tan bien que pensé que podría quedarme así durante toda la vida. Sus labios eran suaves y carnosos, pero, dolorosamente, Erik no me respondió el beso.

Al cabo de unos segundos me separé de él, profundamente sonrojada y avergonzada, y él siguió mirando al suelo.

Me había colado. Al parecer, aunque Jason también fuera un chico, no había tenido razón esta vez.

Algo humillada, también yo bajé la cabeza y pasé por su lado, hacia la puerta. De pronto quería llorar. ¡Había quedado como una loca patética! ¿A quién se le ocurría besar a un chico como Erik? Pero oh, esos segundos besándolo habían sido los mejores de toda mi vida.

Abrí la puerta de la habitación, decidida a salir corriendo de esa casa, pero antes de que pudiera darme cuenta, un brazo fuerte y tatuado la cerró sin que yo saliera.

Despacio, sin todavía entender qué ocurría, me giré hacia él y Erik me aprisionó estrechamente entre la puerta y su propio cuerpo.

Sin darme tiempo a reaccionar, me besó. Esta vez, todo fue muy diferente. Sus labios presionaron los míos con una fuerza violenta y sus manos pasearon por mi espalda y mi pelo de forma agresiva. Tras separarnos un segundo para respirar, Erik volvió a besarme, esta vez más pausadamente.

Concienzudamente besó mi labio inferior, mordisqueándome con maestría, y después simplemente lo apretó entre los suyos. Presionándome contra la puerta, su lengua comenzó a jugar con la mía mientras su mano derecha contorneaba mi cintura y me provocaba pequeños escalofríos por todo el cuerpo.

Nunca podría hacer justicia ni explicar la gloriosa sensación de ser besada por Erik.

Tras unos minutos en los que también yo participé (muy) activamente en el beso, Erik se separó unos centímetros de mis labios y paseó su boca por mi cuello, llegando hasta mi oído. Rozó el lóbulo de mi oreja y yo me estremecí violentamente.

—Si tú no me paras —dijo—, no lo haré yo.

Sus palabras viajaron por todo mi cuerpo en forma de estremecimiento.

—No quiero que pares.

Un momento después me encontraba tumbada en la cama de Erik, entre sus sábanas negras. Me pregunté en qué momento se había quitado la camiseta al poder contemplar, por primera vez, todos sus tatuajes. Cuando él me quitó mi propia camiseta blanca, yo comencé a delinear los trazos de los dibujos de su piel con mis dedos y noté cómo su mirada se oscurecía con excitación. Pero no paré.

Durante unos segundos, solamente nos dedicamos a observarnos. Su cuerpo parecía cincelado por un artista griego.

En los siguientes besos salvajes se extraviaron nuestros pantalones por la habitación, y comencé a sentirme nerviosa al sentir el roce directo de su piel contra la mía.

Yo no era ninguna experta en el sexo, de hecho no recordaba haber disfrutado nunca especialmente con él.

A los dieciséis años, algunos chicos y chicas de mi clase en el instituto habían comenzado a hacerlo. Yo no tenía demasiado interés, pero John me había convencido finalmente para que lo hiciéramos y, tras meses de insistencia, al final ya no había sabido cómo negarme.

Desde entonces, simplemente pasaba. Lo hacíamos de forma no muy frecuente y para mí no era agradable ni desagradable: era como ir en autobús al centro comercial, algo que había que hacer.

Erik notó cómo comenzaba a temblar, y me acarició con suavidad la mejilla.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Yo negué con la cabeza. Tenía mucho calor, demasiado calor!

—No tenemos por qué hacer nada, Gina. ¿Lo sabes?

Me mordí el labio, agradecida y conmovida por su tono suave y comprensivo. Ni siquiera podía comparar un poquito a Erik con John. Simplemente, Erik era... todo.

Suavemente volví a besarlo de nuevo y presioné mi piel casi desnuda contra la suya, dándole a entender que estaba realmente segura de lo que quería hacer.

Su cuerpo reaccionó de inmediato, transmitiéndome una enorme ola de

calor que se trasladó hasta mi vientre.

En la siguiente hora, los labios y los dedos de Erik estuvieron en todas partes y yo sólo pude gemir y estremecerme cada vez que él me susurraba algo con voz enronquecida o me daba alguna orden concreta sobre qué hacer.

Con él estaba realmente segura. No me dio ninguna vergüenza que me viera desnuda, como tampoco me la dio tenerlo dentro de mí y gritar de placer con cada una de sus embestidas, rezando porque las paredes de su casa fueran gruesas y sus abuelos no me oyeran desde el piso de abajo.

Durante un largo rato también yo disfruté de su cuerpo perfecto y de lo bien que Erik sabía qué hacer exactamente para que yo terminara reducida a un cúmulo de gemidos y súplicas atragantadas en mi garganta.

Cada uno de sus movimientos parecía diseñado especialmente para matarme de placer.

Creo que yo conseguí provocar y seducir a Erik esa noche.

Él consiguió enamorarme.

Capítulo 11

10- Insultos y un gilipollas.

ERIK

Sin duda, yo era único en el mundo.

Era la única persona que intentaba alejarse de alguien para evitarle toda clase de sufrimientos y que a la vez se acostaba con ella.

Me reocriminé mil veces ser tan absurdamente idiota, pero sólo con mirar hacia mi lado y encontrar el cuerpo desnudo de Gina, dejaba de arrepentirme de lo que había pasado.

Juré que yo no quería, había estado dispuesto a no volver a hablar con ella, a terminar el curso sin que Gina me dirigiera una sola mirada más, pero al parecer ella no lo estaba tanto.

Recordé la última vez que me había acostado con una chica. Estábamos en el coche de un amigo y... fue la peor noche de mi vida.

Después de eso, mis padres no tardaron en decidir mandarme a Phoenix con mis abuelos. Estaba lo suficientemente lejos para perder el contacto con la mayoría de gente que conocía en Washington (al menos con la gente que no merecía la pena) y, a la vez, mis padres podían olvidarse de mí durante un tiempo.

Desde que estaba allí sólo me habían llamado dos o tres veces, pero al menos, el contacto con mis buenos amigos de Washington no había mermado ni un poquito.

Volví a observar a Gina. Estaba tumbada, desnuda entre las sábanas de mi cama y con los ojos cerrados. Sentí ganas de abrazarla, de besarla de nuevo y simplemente tenerla ahí, conmigo. Me habría gustado que ese momento no se acabara, pero eso no era posible.

¿Qué había hecho? ¿En qué estaba pensando al acostarme con ella?

Me levanté de la cama con lentitud y busqué mis bóxers negros por el suelo. Me los puse, suspirando. Eso tenía que acabar, Gina no merecía meterse en un caos como el que era mi vida.

Mi mente comenzó a pensar una bonita forma de alejarla de mí para que no quisiera volver a verme nunca, pero me temo que no la encontré. Debería hacer otra cosa, algo duro... algo que hiciera que no volviera a

acercarse a mí.

De pronto lo tenía:

¿Qué hay más asqueroso que un cabrón que sólo busca sexo?

Ella abrió los ojos al oírme comenzar a vestirme y se quedó mirándome con una tenue sonrisa en el rostro. Se me partió el corazón, pero finalmente tomé aire profundamente y decidí cortar con eso de una vez por todas.

—Bueno, ya tienes lo que querías —dije.

Gina alzó una ceja.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —se incorporó lentamente en la cama.

La miré fijamente mientras me ponía los pantalones.

—Venías a por un polvo, ¿no? Pues ya está. Ahora, por favor —hice un gesto con la mano, señalándole la puerta.

Gina se levantó, envuelta en mi sábana para cubrir su desnudez.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —exigió—. Sabes que no he venido por eso...

Su voz se quebró.

Humillada, cogió su ropa y comenzó a vestirse rápidamente, evitando mirarme.

Me las arreglé para que mi tono de voz reflejara una extraña alegría.

—Míralo por el lado bueno —dije—. Te has vengado un poquito de lo que esos idiotas te han hecho durante tanto tiempo. ¿No te sientes bien?

Se giró hacia mí mientras se ponía su camiseta. Sus ojos estaban brillantes, como si fuera a ponerse a llorar de un momento a otro. No pude soportar su mirada.

—¿A a qué juegas, Erik? —dijo, casi gritándome—. Cuando te conocí... te juro que vi algo en ti... me pareciste diferente a los demás, verdadero. Y ahora... sólo puedo ver mil caras.

Me dolió oír eso. ¿Verdadero?

No era posible que ella fuera la única chica que de verdad pudiera quererme de alguna manera. Había buscado a mi Gina durante años en Washington, y ella estaba frente a mí justo en ese momento. Allí.

Y por su propio bien, no iba a dejar que se acercara a mí.
Ese encuentro había llegado a su fin.

—Deberías haberlo pensado antes de venir a follar conmigo.

Si hubiera podido me habría pegado un batazo en la cabeza. Por suerte conseguí mantenerme fuerte durante los siguientes segundos, era lo único que tenía que hacer: esperar a que se fuera.

El llanto llegó hasta los ojos de Gina, pero antes de que yo la viera llorar, prefirió marcharse de allí.

—¿Sabes, Erik? —dijo, pausadamente, intentando que su voz no se cortara—. Lo único que te diferencia de John es que, al menos él, es consciente de ser un completo gilipollas.

Y se fue, con un enorme portazo.

Yo me tiré sobre la cama, sin haberme puesto aún la camiseta.

Sí, Gina tenía razón. Era un gilipollas integral, ella tendría suerte de no tener que cruzarse más conmigo.

Se enfadaría, lloraría un poco y, seguramente, en un par de semanas podría volver a ignorarme de forma normal en el instituto. Después, con el paso de un poco más de tiempo, Gina encontraría a un chico normal de Phoenix, con pasión por el béisbol y un historial de antecedentes penales completamente limpio.

Gina podría estar con un chico con el que ser feliz, que la tratara como se merecía.

Pasaron las horas, pero aun así no me moví de la cama.

Mi abuela me llamó para cenar desde las escaleras. Seguramente habría hecho cena también para Gina, aunque ahora tendría que tirarlo.

Me sentía una completa basura humana, mi corazón latía a un ritmo extraño, de forma apagada.

Todavía podía sentir el olor de Gina en mi almohada, y lo respiré hasta que no quedó ni un poquito de su aroma.

La noche era oscura. Ni siquiera sabía qué hora sería... quizás las dos, o las tres de la mañana.

Mi móvil se iluminó varias veces y, con desgana, lo agarré y encendí la pantalla.

Tenía 20 WhatsApps, la mayoría eran de Tayler, Edd y Kim, algunos de mis amigos de Washington; pero un par de mensajes eran de Karen:

“¿Pero qué paaaasa? ¿Se puede saber dónde te has metido?”

“Estoy empezando a pensar que has vuelto a Washington y no te has despedido de mí”

Contesté con desgana:

“Creo que no te gustaría saber dónde me he metido”

“Sorpréndeme”

“Gina ha venido a mi casa. Por primera y última vez”

Me sorprendí de que Karen siguiera conectada a esas horas, además, me respondía inmediatamente.

“¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?”

“No. Lo hemos hecho y después la he echado de mi casa. Ahora me odia... Más.”

Esta vez tardó un poco más en contestarme, Karen parecía no saber qué palabras escoger. Aposté a que se había quedado paralizada, pero por fin volvió a escribirme.

“¿Hecho, hecho? ¿Sexo? ¿Amor? ¿Ñiqui-ñiqui? ¿En serio? Ay Dios”

“¿Y la has echado? Madre mía, Erik. iTú sí que sabes conquistar a una

mujer!”

“No quería conquistarla”

“¿Y por qué dices que te has acostado con ella, entonces?”

“Porque soy imbécil. Te juro que yo sólo quiero lo mejor para ella”

Sentí un escalofrío en el cuerpo. No solía llorar, la verdad es que llevaba años sin hacerlo, pero el sólo pensar en cómo se sentiría Gina en ese momento ya me daba motivos suficientes para comenzar a derramar lágrimas muy amargas.

“Te voy a decir algo que quiero que tengas en cuenta para el resto de tu vida, Erik: tú no puedes decidir por nadie qué es lo mejor para esa persona. Si Gina quiere estar contigo, merece ser ella quien tome esa decisión. Si tú estuvieras en su posición, intentarías llevar el control, ¿no?”

Pensé unos segundos qué responder.

“Al final me vas a convencer”

“Sabes que tengo razón. Hazme el favor de dejar de hacer el payaso”

Sonreí tenuemente al volver a apagar la pantalla del móvil.
Volví a dejarme caer sobre la cama, me dolía la cabeza.

Me alegraba de tener a alguien como Karen como amiga. Con ella me había podido sincerar bastante al llegar a Phoenix, así que entendía

bastante bien mis sentimientos... y aun así me animaba a estar con Gina.

Pensé en su mirada, su sonrisa, y volví a sentir un intenso dolor en el pecho.

Algún día, Gina encontraría a un chico bueno para ella.

Alguien sin un pasado oscuro, sin nada que ocultar.

Gina no merecía estar con un asesino como yo.

Capítulo 12

11- Verdadera amistad y falsa indiferencia.

GINA

La cabeza me dolía demasiado, pero aun así fui a clase el jueves por la mañana y aguanté firmemente las primeras tres horas.

Aun no sabía cómo podría mirar a Erik sin morirme de vergüenza y de ira ahí mismo. Estaba claro que había sido una tonta, y que se habían reído de mí una vez más. Se estaba convirtiendo en costumbre.

Ahora ya no sabía por qué había confiado en él. Me había parecido tan diferente al resto de mi mundo... no le importaba lo que pensaba la gente, me había defendido con valentía de John y todo el tiempo había estado tan cercanamente distante...

No iba a dejar de sentir eso por Erik Poltsky de un momento a otro, pero tarde o temprano tendría que aceptar que para él había sido un juego, como interpretar a un personaje en una obra de teatro.

Cuando salí al pasillo, tras las primeras horas de clase, fui plenamente consciente de que mi rostro debía de reflejar la tercera guerra mundial. Había pasado la noche prácticamente sin dormir, llorando cada pocos minutos y helada de pies a cabeza.

Me habría gustado tener a Jason a mi lado en ese momento, pero él estaba en la universidad, y no podría estar con él hasta dentro de unas horas.

Abrí mi taquilla en mitad del pasillo y cogí un par de libros que necesitaría en la siguiente clase. Sujeté el móvil con la boca un segundo y, al tener tantas cosas en las manos, se me resbaló de entre los labios, cayendo a unos metros de mí.

Genial...

Vi cómo unas botas militares estuvieron a punto de pisarlo, pero me lancé hasta mi teléfono para rescatarlo de ese fatal destino.

Antes de conseguir agacharme vi que el dueño de esas botas no era otro que Erik. Tragué saliva y aparté un mechón de cabello rojo de mi rostro, mientras soportaba su penetrante mirada durante demasiados segundos. Él me miró de forma distante y, cuando me agaché para coger mi móvil, me encontré con que alguien ya lo había hecho y me lo tendía

alegremente con una sonrisa en el rostro: Karen.

—Gra-gracias —musité.

Agarré mi teléfono, comprobando que no se hubiera roto la pantalla, con gran alivio.

—¡Estas pantallas son tan sensibles! —dijo Karen, mirándome.

—Ya. —Mi voz fue casi un suspiro.

Me di la vuelta y volví a mi taquilla.

Karen había sido muy amable, pero por nada del mundo podría olvidar que a su lado estaba Erik, el tío que se había acostado conmigo el día anterior y después me había echado de su casa, prácticamente exigiéndome que le diera las gracias por el favor.

Por fin lo metí todo dentro del casillero y, antes de cerrarlo, me percaté de que, en el interior de la puerta, había pegada una foto mía con Claire.

En la foto, ella y yo estábamos paseando juntas, hacía cuatro años. La arranqué y me quedé mirándola unos segundos: Yo aún no tenía el pelo rojo, sino castaño oscuro, pero ella seguía igual de rubia y preciosa que siempre.

Rompí la fotografía por la mitad, separando su sonriente cara de la mía.

—¿Qué haces?

Me sobresalté y cerré la puerta de golpe, quedándome con la fotografía en la mano. Frente a mí se encontraba Claire. No me dio tiempo a responder.

—Ay, Gina, ¿dónde te has metido estos días? Prácticamente no te he visto, ¡ni siquiera hemos hablado!

Valiente falsa...

—He estado ocupada —dije, alzando el rostro.

—¿Con qué? —preguntó—. ¿O con quién?

Su insinuación me dio verdadero asco, así que no quise soportarla ni un segundo más y me dirigí hacia mi clase de Historia de América.

Por el camino volví a toparme con Erik, que me miraba fijamente. Estuve a punto de gritarle que se metiera en sus propios asuntos, pero, por suerte, Karen tiró de su brazo justo a tiempo y ambos entraron en otra

clase.

¿También se acostaría con Karen?

Sí, posiblemente. Era muy guapa y Erik y ella se habían hecho amigos desde el principio. A lo mejor Erik le había contado lo ocurrido el día anterior y ambos habían estado toda la mañana riéndose de mí.

Me sentía profundamente deprimida, caminaba por los pasillos como alma en pena y no podía dejar de sentir mil miradas centrándose en mí.

Conseguí evitar a Claire con gran dificultad en las siguientes tres horas, pero al salir por la puerta del instituto, ella por fin me alcanzó. Yo habría dado lo que fuera por poder cruzar la puerta y reunirme con Jason antes de verla, ya que él me estaba esperando allí, pero antes de salir del edificio, Claire se puso por delante de mí.

—¿Puedo saber qué te pasa? ¡Llevas tres días pasando de mí! —dijo, frunciendo el ceño—. Si es por la discusión del otro día... lo siento. Lo que hagas con John no es asunto mío.

No pude evitar reírme cínicamente.

—¿Qué no es asunto tuyo? —exploté—. De verdad, Claire... ¿cómo consigues ser tan ridícula?

Ella palideció de pronto, y sus ojos se abrieron, asustados. Esa fue la primera vez que no vi a Claire tan guapa como siempre la había imaginado: Sus ojos azules me parecían demasiado saltones, su cara demasiado cuadrada y su expresión era de desequilibrada mental.

Mi mejor amiga no era otra ahora que una extraña con pocos escrúpulos.

—¿Qué te pasa? —dijo, con voz más suave, intentando calmarme.

Tendió su brazo hacia mí, pero yo la aparté rápidamente.

—¿Qué me pasa a mí? ¡¿Qué te pasa a ti, Claire?! —exigí—. ¡Eras mi mejor amiga! ¿Cómo has podido hacerme esto?

Su rostro fue aún más pálido.

—No es tan simple como parece —intentó excusarse.

—Sólo tenías que haberlo dicho. Simplemente con que me dijeras que John te gustaba, un mensaje, una carta, ¡algo!

La gente nos miraba, lo cual me avergonzó aún más. A estas alturas, todo el instituto conocía mi vida completa. Debía de ser la chica más popular sin ni siquiera darme cuenta.

—No lo entiendes, Gin... yo sólo... —Claire bajó los ojos—. Todo empezó muy rápido, simplemente no pude pararlo.

Volví a reír, cada palabra que decía me dolía, pero a la vez me abría más los ojos.

—¿Y por qué querías que volviera con él? —pregunté, por mera curiosidad—. ¿Para poder seguir riéndoos de mí a placer?

Claire alzó la vista, clavándola en mis ojos. Habló seriamente.

—Lo tienes todo, Gin. Buenas notas, eres guapa, tienes un novio perfecto, la gente te admira... Y de pronto, simplemente, lo has dejado todo por el simple hecho de que te gusta el nuevo, aunque tenga pinta de delincuente. Me preocupo por ti, eres mi mejor amiga...

Sus palabras casi me provocaron una arcada. Claire debía de estar realmente loca para poder decirme eso después de todo lo que había ocurrido.

Me acerqué con lentitud a ella y le hable en voz baja.

—Ni siquiera vuelvas a pensar en mí —amenacé—. Porque para mí tú eres menos que nada.

Claire bajó la cabeza y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Yo la ignoré y salí del instituto rápidamente, con el corazón acelerado a mil por hora.

Apenas unos segundos después me choqué con un cuerpo que reconocí inmediatamente. Jason me abrazó con fuerza unos segundos.

—¿Cómo estás?

Yo me encogí de hombros. Le había contado todo lo que había ocurrido el día anterior y Jason se había mostrado tremendamente afectado. Según él, el comportamiento de Erik "no tenía sentido".

—Oficialmente Claire y yo ya no somos amigas —anuncié.

Los dos bajamos las escaleras del instituto, Jason me acompañaría a casa.

—¿Alguna novedad con el chico malo?

Abrí la boca para responder negativamente, pero en ese preciso momento, Erik pasó rápidamente por mi lado, casi rozándome.

Jason se quedó mirándolo, sometiéndolo a un intenso escrutinio.

—Es un imbécil, pero hay que reconocer que tiene un culo precioso.

Bufé.

—Tener un buen culo no le da algo más de cerebro.

Jason se rió y me abrazó suavemente.

—¿Sabes lo que te hace falta, Gin? —no esperó que yo respondiera—. Beber, beber, beber y olvidar. Y después seguir bebiendo.

Los ojos azules de Jason me transmitieron tanto cariño que sólo pude soltar una pequeña carcajada. ¿De qué me iba a servir emborracharme?

—Aunque todo salga mal, hay dos cosas que no te abandonarán nunca: El tequila y yo —me aseguró, con voz más o menos seria.

Una vez más me convencí de que Jason era mi mejor amigo, el de verdad.

Capítulo 13

12- Una mala bailarina y una inexperta fumadora.

ERIK

En apenas tres días me había vuelto más que patético. Me pasaba cada segundo mirando a Gina, cruzándome en su camino, rezando para que ella estuviera lo suficientemente enfadada conmigo como para insultarme, o al menos empujarme por el pasillo.

El jueves la había visto con su mejor amigo al salir del instituto y de nuevo se estaban abrazando. ¿Y si había algo más entre ellos?

Ese asunto no me concernía, de hecho debería alegrarme si así era, pero sólo sentía tristeza y más tristeza al pensar en ella.

Karen había dejado de ser una buena consejera; me había asegurado que no querría volver a escucharme hablar de Gina hasta que yo mismo hablara con ella.

Y mentiría si dijera que no lo había pensado mil veces en esos tres días.

Incluso mi abuela se había dado cuenta de mi pésimo humor y había llegado a preguntarme que si era por causa de Gina. Yo, simplemente, había bajado la cabeza y me había callado, esperando que no volviera a pronunciar su nombre. Y, por suerte, no lo había hecho.

El sábado Karen salió por la noche junto a sus amigos: Stacy, Kellan y Jeremy. Eran simpáticos, pero a mí no me apetecía salir de casa... prefería quedarme allí, solo y deprimido.

Me pregunté qué estaría haciendo Gina en esos momentos y volvió a poseerme un poderoso impulso de hablar con ella. Quería pedirle perdón, necesitaba volver a besarla, asegurarle que todo había sido un error y que de verdad quería estar con ella...

Pero no estaba seguro de arriesgarme. ¿Debía o no debía? Necesitaba una señal, algo que me indicara qué hacer...

De pronto mi móvil vibró. La pantalla se iluminó, era un WhatsApp de Karen:

“Adivina lo que nos hemos encontrado”

Después de ese mensaje había una foto. La abrí y me sorprendí mucho al ver la imagen: estaba tomada dentro del bar frente al cual había tenido lugar la discusión con John. En la imagen se veía, de forma un poco distorsionada, a cinco personas bebiendo chupitos delante de una botella.

Una de las chicas que salía en la foto era muy fácilmente reconocible para mí: llevaba un top ajustado y de brillante color plateado y unos pantalones cortos que parecían acariciar suavemente sus piernas. Su cabello rojo estaba suelto y despeinado. Aunque su cara estaba ligeramente tapada por su mano alzando el chupito, no cabía duda de que era Gina.

¿Era esa la señal que estaba esperando recibir?

Supe que sí y, más animado y decidido de lo que había estado en años, me desnudé rápidamente para meterme en la ducha. Apenas diez minutos después, ya estaba saliendo de casa.

Aparqué cerca del bar y llegué hasta allí andando. En la puerta había una pareja de jóvenes besándose apasionadamente. Al principio no reconocí al chico, pero cuando estuve a unos metros de allí, pude ver que se trataba de Jason, el amigo de Gina.

Me sentí repentinamente aún más optimista al ver cómo besaba a la otra chica y la acariciaba apasionadamente sin ningún tipo de pudor. Al final no parecía tener nada con Gina.

Yo pretendía pasar por su lado sin decirles nada, pero, al parecer, algo delató mi presencia y Jason se giró hacia mí bruscamente. En apenas un segundo se colocó ante la puerta del bar, dejando a la muchacha tambaleándose y casi cayendo al suelo a causa del alcohol.

—¿Dónde te crees que vas? —inquirió.

Su tono fue amenazante, pero no parecía un mal tío. Estaba un poco más bebido de la cuenta, pero daba la impresión de decirme eso casi por obligación.

—¿Tengo prohibida la entrada a este bar? —pregunté, con voz

apaciguadora.

—Mientras Gina esté allí dentro, sí. —Puso los brazos en jarras—. Lo siento, tío.

Suspiré.

—Déjame pasar —le pedí—. Tengo que hablar con ella.

Jason pareció barajar las opciones un momento. No pude saber hasta qué punto estaba borracho ese chico.

—A no ser que vayas a pedirle disculpas y a decirle cuánto la quieres... te puedes ir por donde has venido.

Fue firme; creí incluso que Jason me habría golpeado en caso de que yo intentara entrar en el bar sin su consentimiento, lo cual era admirable.

—¿Y si he venido a hacer eso? —pregunté, alzando una ceja.

En el rostro de Jason se dibujó una brillante sonrisa y, teatralmente, se apartó de la puerta, dejándome pasar. Entre risas volvió a juntarse con la muchacha con la que se estaba besando.

Antes de presenciar de nuevo el festival del besuqueo, entré por la puerta con rapidez. Enseguida localicé a Karen y me dirigí hacia ella, pero antes de que llegara a su posición, ella me señaló a un lugar libre de mesas, donde unos cuantos chicos y chicas seguían el ritmo de una canción country intentando bailar.

En el centro de todos, preciosa y maravillosamente descoordinada, Gina trataba de seguir el ritmo mientras agitaba su cabello pelirrojo.

Llegué hasta ella con rapidez y le toqué el brazo.

Gina se quedó mirándome un momento, como si no se creyera que yo estaba ahí.

—¿Qué quieres? —gritó, con voz muy afectada por el alcohol.

Yo quise hablar, pero la música era muy alta.

Gina dio una vuelta sobre sí misma e intentó hacer un paso de baile, pero se habría caído estrepitosamente al suelo si yo no la hubiera agarrado.

Suspiré y la sujeté con fuerza.

—Vamos a casa —dije.

Gina se revolvió un poco entre mis brazos, pero no se negó a venir conmigo. Mientras salíamos del bar pude notar la amplia sonrisa de Karen

siguiéndome en el otro lado del local.

Tendría que darle las gracias por hacerme ver qué debía hacer, tanto si eso salía bien como si no.

El aire de la noche pareció espabilar un poco a Gina al salir a la calle, aunque con sólo dar un par de pasos se tropezó y tuve que volver a sujetarla.

—¿Se puede saber cuánto has bebido? —pregunté.

Jason, que seguía besando a la chica a pocos metros de nosotros, decidió contestar por ella.

—Tantos tequilas como han sido necesarios para olvidarse un poco de ti —anunció.

Gina se soltó de mis brazos, tambaleándose.

—Pues no ha funcionado, Jason —dijo con voz pastosa—. Ahora hasta lo estoy viendo aquí mismo.

Sonreí tenuemente. No había podido olvidarse de mí, al igual que yo tampoco habría podido olvidarla a ella.

—La llevaré a casa —le anuncié a Jason.

Él asintió con la cabeza y siguió ocupándose de compartir fluidos bucales con la otra muchacha.

Caminamos hacia mi camioneta, pero Gina se soltaba de mi brazo de vez en cuando.

—Eriiik... yo quiero bailar, no ir a mi casa. Mis padres y mis hermanos se han ido a ver a mis abuelos, itengo tooooda la noche para bailar!

Gina volvió a intentar dar vueltas sobre sí misma, así que esta vez la sujeté aún más fuerte.

Con facilidad la subí en el asiento del copiloto de mi camioneta. Realmente pesaba muy poco.

Al abrocharle el cinturón, su rostro quedó muy cerca del mío de repente. Ambos nos miramos fijamente... y su labio inferior comenzó a temblar.

Al instante siguiente, dos gruesos lagrimones resbalaron de sus ojos.

—¿Por qué me has hecho esto, Erik?

No pude seguir mirándola. Entorné los ojos mientras el sentimiento de culpa y depresión volvía a mí, con más fuerza que antes.

Sin saber qué responder, cerré la puerta y rodeé la camioneta para entrar y sentarme ante el volante.

El viaje hasta su casa fue corto, ninguno de los dos habló y yo vigilé que Gina no se quedara dormida.

Cuando por fin llegamos a la puerta de su casa, no sabía en qué estado se encontraba ella, pero asumí que estaba algo mejor cuando fue capaz de abrir la puerta de la camioneta y bajar de ella sin caerse.

Con lentitud me reuní con ella. Estaba claro que no era un buen momento para hablar, pero no pensaba dejarla allí, simplemente.

—¿Por qué me has traído a casa? —preguntó Gina de improviso.

La observé unos segundos.

—Estás demasiado borracha como para venir tú sola.

—Pero no lo suficiente como para olvidarme de que tú —me señaló con el dedo—, me has utilizado.

Guardé silencio y Gina se acercó hacia mí, su paso era firme, pero el alcohol seguía corriendo por sus venas.

—Tú siempre pasas por mi lado en el instituto, ignorándome al igual que a todos los demás —dijo, poniendo su mano en mi pecho—. Ni siquiera me miras después de lo que ocurrió el otro día, y aun así no puedo convencerme a mí misma de que eres un cabrón y que no puedo permitirme pensar que sentías algo por mí... ¿Te crees mejor que yo?

Su voz se quebró, y yo luché conmigo mismo por permanecer impasible. No hablaría con ella mientras siguiera en ese estado, quería abrazarla, besarla y pedirle disculpas... y también quería que ella se acordara de eso.

Sus manos siguieron vagando por mi pecho, mientras sus ojos estaban pegados a los míos. Comenzó a pasear sus dedos por mi pantalón con suavidad... ¿Qué estaba haciendo?

Veía cómo sus labios estaban a tan sólo un movimiento de los míos y estuve muy cerca de olvidarme de todo y besarla cuando de pronto...

Gina se apartó de mí con brusquedad, llevaba algo en la mano.

Advertí que me había quitado el paquete de tabaco del bolsillo de mis pantalones y una sonrisa infantil se dibujó en su rostro. Con dificultad sacó un cigarro y se lo colocó entre los labios, pero al reírse se le cayó.

Suspiré.

—¿Qué haces? —dije.

—Espera.

Volvió a ponerse otro cigarro en la boca y esta vez acertó a encender el mechero a la vez.

—Tú no fumas, Gina.

Agarró el cigarro entre sus dedos un segundo para poder hablar.

—Pero tú sí. Quiero saber qué se siente siendo Erik Poltsky, fumador profesional y grandísimo cabrón.

Contemplé, atónito, cómo le daba una primera y gran calada al cigarro, y unos segundos después se ponía a toser violentamente, mientras el humo salía brillante de su boca.

No supe en qué momento dejó de toser para ponerse a llorar, pero fue todo muy rápido.

—Mierda —susurré.

Llegué hasta ella rápidamente.

—Dame eso.

Le arranqué el cigarro de sus labios y lo sujeté entre los míos. Al sentir mis brazos, Gina se tambaleó, sin dejar de llorar.

—¿Qué haces aquí, Erik? —gimió—. ¿Por qué coño estás aquí?

La sujeté con fuerza y, tras una única calada, tiré el cigarro al suelo, junto con el paquete y el mechero. Me daba igual.

—Estoy aquí por ti, Gina. Sólo por ti.

Con suavidad le limpié las lágrimas del rostro y me sentí extrañamente enternecido al observar cómo su pequeña nariz se había enrojecido un poco con las lágrimas.

—¿Te vas a quedar conmigo? —dijo con voz infantil. Al verme dudar,

siguió hablando—. Estoy sola en casa. Mi familia volverá el lunes.

Simplemente asentí con la cabeza, pero eso bastó para que en su rostro se dibujara la sonrisa más bonita que yo había visto en mi vida. Agarrándome de la mano, me llevó hasta la puerta de su casa y ambos entramos.

Esa fue la primera noche que pasé con Gina.

Capítulo 14

13- La verdad.

GINA

La luz de la mañana se coló por mi ventana de forma casi insoportable. Digo casi, porque lo realmente insoportable fue la arcada que me sobrevino en cuanto abrí los ojos.

Asustada, me levanté de la cama y corrí hacia el baño de mi habitación, con la mano tapándome la boca, rezando por no vomitar.

Caí de rodillas frente al retrete, sintiendo el frío de las baldosas en mi piel. ¿En qué momento me había puesto mi pantalón corto de pijama y mi camiseta de tirantes?

La cabeza me dio mil vueltas mientras mi cuerpo se decidía. ¿Iba a vomitar o no?

Finalmente, la respuesta pareció ser que no, y quedé tendida en el suelo de mi baño durante los siguientes segundos.

¿Qué-narices-había-pasado-la-noche-anterior?

¡No me acordaba de absolutamente nada! Sabía que habíamos entrado a un bar, que Jason me había presentado por fin a su novia, y que alguien me había dado a probar los primeros tragos de alcohol, de los que ahora me arrepentía completamente.

—Dioooooos... —gemí.

¿Cómo había llegado a casa? ¿Y cuándo? ¿Qué hora era?
Es más... ¿qué día era?

Me estaba jurando a mí misma no volver a beber nunca más cuando...

—¿Estás bien?

Esa voz me heló la sangre casi tanto como la visión de Erik, en la puerta de mi baño, sin camiseta y con los ojos aún medio cerrados.
Me quedé completamente alucinada.

—Tú... —musité—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Erik suspiró.

—Es una larga historia.

Me encontraba profundamente confundida. ¿Erik había dormido conmigo? ¿Había estado en mi cama al levantarme de golpe? Suspiré. Estaba completamente despeinada y la boca me sabía a cenicero.

Me levanté lentamente del suelo, sin acercarme a él, y me quedé mirando fijamente sus músculos tatuados y sus perfectos abdominales...

—¿Tú y yo hemos...? —pregunté, en voz baja.

—No, no —se apresuró a decir—. Sólo te he acompañado a casa... me pediste que me quedara contigo.

¿Por qué había hecho eso? Es más... ¿en qué momento había vuelto a ver a Erik?

Necesitaba aclararme la cabeza, tenía que tomarme un momento para pensar.

—¿Puedes dejarme unos minutos? —dije, algo incómoda—. Me gustaría ducharme.

Erik asintió con la cabeza, sin sonreír en ningún momento. Imagino que creía que lo echaría de mi casa en cuanto me despertara, pero la verdad era que pretendía que me contara cada segundo que habíamos pasado juntos la noche anterior... después decidiría si quería echarle o no.

Pasaron más de veinte minutos hasta que por fin volví a mi habitación, envuelta en una toalla.

Erik se levantó de inmediato de la cama y yo sonreí con incomodidad.

—Voy a coger algo de ropa.

Sentía su mirada seguir cada uno de mis movimientos, me morí completamente de vergüenza mientras rebuscaba algo de ropa limpia para ponerme. Por fin me conformé con un sencillo vestido negro, entré al baño y me lo puse con rapidez. Mi pelo seguía mojado, así que lo recogí con una pinza encima de mi nuca.

Antes de volver a aparecer en mi habitación, tomé aire profundamente y me decidí a escuchar la explicación que Erik tenía que darme.

Esta vez él no se levantó de la cama, sino que me miró y sonrió dulcemente, más para él mismo que para mí.

—Ese es el vestido que llevabas el día que te conocí.

Sus palabras parecieron llegarme al corazón y hacerlo bombear furiosamente. ¿Se acordaba de esa tontería?

Me miré los pies, sin saber qué responder. Yo también recordaba exactamente cómo fue la primera vez que lo vi. Estaba convencida de que jamás lo olvidaría.

—¿Cómo llegamos a estar juntos anoche?

En apenas un par de minutos me narró que me había encontrado en ese bar, borracha, y había decidido llevarme a casa.

—No hacía falta que lo hicieras —dije, taciturna—. Habría vuelto con Jason.

Erik se levantó de la cama, situándose frente a mí. Se había puesto de nuevo su camiseta gris, y una parte de mi mente lo maldijo por no permanecer semidesnudo en mitad de lo que, yo creía, se tornaría discusión.

—Quería hacerlo, Gina.

Por fin lo miré. Sus ojos eran preciosos, casi me parecían mágicos.

—No logro entenderte, Erik. Te juro que eres tres personas diferentes en un mismo cuerpo: el chico atento e inteligente que me encanta, el distante y rudo que intenta alejarme de él y el estúpido que se acuesta conmigo y después me echa de su habitación como si no me conociera de nada.

Erik suspiró y se llevó las manos a su cabello castaño, que había crecido un poco desde que lo conocí.

—No es tan simple, Gina... —murmuró—. Pero ahora mismo soy yo, sólo soy yo.

Lo miré de forma triste.

—¿Y quién eres de verdad?

Con lentitud se acercó a mí y, despacio, me cogió la mano derecha. Yo le dejé hacerlo y Erik la fue subiendo por todo su cuerpo hasta llegar a su rostro. Lo acaricié con timidez y después bajé la mano hasta su pecho, su corazón latía rápido y fuerte. Sus ojos verdes no dejaban de mirarme ni un solo segundo. Esa era la respuesta a mi pregunta, él era una mezcla de

los tres chicos, era todos ellos... y yo le quería así.

—No quiero hacerte daño, pero ahora mismo sólo puedo pensar en que quiero besarte —susurró con voz grave.

Tragué saliva. Me moría de ganas de que me besara, salvajemente, pero no podía sacar de mi cabeza la escena que había tenido lugar en su casa tres días antes. Simplemente no podía pensar en la idea de volver a estar con él, como si nada hubiera pasado. Porque sí, había pasado.

—¿Por qué siempre intentas alejarme de ti?

Mi mano seguía en su pecho, sentí cómo se tensaba de pronto. Tras unos segundos en los que su corazón latió a un ritmo distinto, se separó de mí un paso y mi mano cayó sobre mi pierna.

—Si te lo digo... todo será muy difícil, pero si no te lo digo... nunca confiarás en mí.

Me mordí el labio, indecisa. ¿Tan importante sería? ¿Tanto como para afectar a mis sentimientos por él?

—Déjame tomar a mí esa decisión.

Su risa amarga duró unos momentos.

—Eso piensa Karen.

Tras unos segundos en completo silencio, comenzó a hablar.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué me mudé desde un sitio tan lejano para de pronto vivir con mis abuelos?

Yo asentí, afirmativamente.

Erik se dio la vuelta y caminó hasta la ventana. Se quedó allí parado, sin mirarme, sólo observando lo que ocurría tras el cristal.

—Algunos de mis amigos y yo salimos una noche, como cualquier otra. Habíamos bebido mucho, pero aun así fuimos en coche hasta un descampado junto a unas cuantas chicas.

“Lo estábamos pasando bien, todo el mundo bailaba y se divertía... hasta que un grupo de tres chicos que no venían con nosotros se fijaron en nuestras chicas.

A ellas, realmente, les daba igual con quién estar; sólo estaban interesadas en beber y estar de fiesta, no les importaba nada acostarse con unos o con otros... Pero a nosotros no.

En cuanto uno de los otros muchachos comenzó a insultarnos, nosotros

nos preparamos para pelearnos durante un rato. Si te soy sincero, en eso consistía todo, en no pensar, sólo sentir los golpes... y propinarlos. Estábamos acostumbrados.

Yo le pegué un puñetazo a un chico y él me lo devolvió de inmediato. Era Robert Jackson; en la primaria mi padre solía llevarlo al colegio por las mañanas porque vivía cerca de nuestra casa y nos conocíamos desde siempre.

Recuerdo que incluso llegó a reírse, con el labio roto y chorreando sangre. Él me fracturó una costilla, aunque ni siquiera fui al hospital; me parecía una tontería.

Durante unos minutos le di mil golpes, patadas y rodillazos. También él me pegaba, pero yo no sentía el dolor, sólo la adrenalina...

Le pegué en la cabeza, en el oído... tanto que comenzó a sangrar. Le pegué hasta que comenzó a gritar, y sólo entonces paré.

Al final de la noche todos estábamos borrachos y magullados, así que, ignorando completamente a las chicas, cada grupo se fue por su lado. Esa era nuestra costumbre, la diversión había estado servida y era suficiente... por esa noche.

Me dormí con el cuerpo dolorido y me desperté del mismo modo el día siguiente... Pero Robert Jackson no lo hizo.

Mi madre entró hecha un mar de lágrimas al día siguiente y me despertó mientras me gritaba que una parte del cerebro de Robert, nuestro vecino, se había desprendido mientras dormía y había fallecido hacía horas. Todo había ocurrido a causa de una pelea.

Durante semanas pensé que eso podría haberme sucedido a mí, de hecho deseé haber sido yo el muerto y no él. Juraba cada hora de mi vida que no quería vivir viendo el rostro del hermano de Robert observándome acusadoramente desde el otro lado de la calle... o las miradas desconfiadas de mis padres incluso a la hora de cenar.

El caso se resolvió de manera "fácil". Homicidio involuntario, libertad con cargos. En mi expediente permanecería por siempre que yo, Erik Poltsky, fracasado y perdedor en cada acto de mi miserable vida, había matado a un muchacho de dieciocho años casi tan fracasado y perdedor como yo. En ese momento me quedó claro que simplemente soy esa Escoria humana que los demás deben soportar viviendo en su sociedad y que eso no iba a cambiar de ningún modo."

Me quedé quieta, completamente estática en mi sitio.

Mientras Erik me narraba su historia yo era capaz de sentir cada detalle de mi propio cuerpo: mi corazón acelerándose, mis manos sudando, mis ojos empañándose al escuchar la amargura proveniente de los labios de

Erik...

—Tú... —comencé, sin estar muy segura de lo que decía—. No sabías que eso iba a ocurrir...

Por primera vez, Erik me miró.

—¿Y qué? Él está muerto y yo vivo. ¿Qué importa que yo no lo supiera? No pienso antes de actuar, por eso me ocurren cosas como aquellas; por eso te hago daño constantemente, Gina.

Me acerqué a él con lentitud, sin saber cómo reaccionaría. Con cuidado le tomé de la mano y la apreté con fuerza. Lo que vi en sus ojos, simplemente me hizo quererlo. Quererlo de verdad. Era una buena persona que había estado perdido, completamente perdido.

Sentí por primera vez que ese era el Erik verdadero y por fin podía verlo con claridad.

Estaba dañado, roto por dentro, pero yo sabía que había cambiado.

Desde que había llegado a Phoenix había intentado evitar las peleas con John a toda costa, aunque el muy imbécil intentara provocarlo como fuera. Ahora entendía muchas cosas.

— Han pasado cinco meses de eso —siguió hablando—. No terminé el curso en Washington, pasé por mil psicólogos que me miraban con aire sospechoso y me harté completamente cuando empecé a pensar que mi propia madre tenía miedo de mí. Por eso vine a Phoenix; mis abuelos se ofrecieron a cuidar de mí hasta que acabara el instituto.

—Ya no eres el mismo, Erik. Has aprendido...

Me miró con cierto desdén.

—¿Y tú qué sabes? —exigió con voz apagada—. ¿Quién te dice que no soy un animal y que voy a atacarte en cualquier momento?

Apreté aún más su mano contra la mía y me acerqué a él.

—Simplemente lo sé... —dije—. Si logramos cerrarle la puerta correctamente, el pasado nunca vuelve a ponerse ante nosotros.

Su mano me acarició el rostro de forma dulce, provocándome mil escalofríos.

—¿Y cómo voy a cerrarle la puerta?

Con ese susurro, Erik pareció esperanzado y yo aproveché para ponerme de puntillas un momento y besarlo en los labios; un beso corto pero firme. Transmitiéndole todo mi apoyo y confianza.

—No estoy segura aún... pero lo averiguaremos juntos.

Capítulo 15

EPÍLOGO

ERIK

Miré hacia mi móvil con nerviosismo, acababa de recibir un WhatsApp de Karen. Lo abrí con aire ausente mientras caminaba por la calle.

“Mucha suerte, muchacho. Respira hondo y reza por sobrevivir a esto... ¡Muchos han muerto intentándolo!”

Respondí en tan sólo tres palabras.

“Que te den.”

Sonriendo tenuemente por el mensaje de Karen guardé el móvil en mi bolsillo y seguí andando lentamente. Quizás, cuanto más despacio caminara, más rápido pasaría el tiempo... Pero no fue así. En apenas un par de minutos llegué a la puerta de su casa. ¿Me atrevería a llamar?

No, no, decidí que no.

Comencé a darme la vuelta cuando de pronto la puerta se abrió y un niño pequeño, de unos siete años, se quedó mirándome con los ojos castaños muy abiertos.

—Te hemos visto por la ventana —me dijo.

“Oh, qué bien.” Pensé.

Mi intento fallido de huida se había visto truncado, así que ya no había forma de escapar. Me giré hacia el niño y sonreí lo más amablemente que pude.

—Tú debes de ser Charlie —dije.

El niño negó con la cabeza y la puerta se abrió un poquito más. De pronto otro niño exactamente igual que el anterior apareció en escena.

—Charlie soy yo, él es Jaime.

Gemelos. Y por si fuera poco... ¡gemelos de siete años!

Me acerqué hacia la puerta, ya no podía retrasarse aún más lo inevitable. De inmediato apareció una mujer joven, con el cabello teñido de granate y unos impactantes ojos azules.

—Oh, ¡tú debes de ser Erik! No te hemos oído llegar.

Parecía emocionada, y en tan sólo unos segundos se abalanzó sobre mí, dándome un fuerte abrazo y varios besos por todo el rostro.

Abrí mucho los ojos, sorprendido, y entonces la vi.

Plantada en la puerta, con una enorme sonrisa en el rostro y vestida con un vestido rojo con cuadros negros, Gina contemplaba, divertida, cómo su madre intentaba asfixiarme de amor.

—¡Pasa, pasa! —dijo la mujer cuando por fin terminó de besarme—. ¡Qué ojos más bonitos tienes! Veo que mi hija no es tonta...

En la puerta, Gina me agarró de la mano y me abrazó unos segundos.

—Relájate —me susurró—. Les vas a encantar.

Su voz suave y su olor afrutado me dotó de los ánimos que necesitaba.

—Estás preciosa —le dije en voz baja.

De pronto sentí un empujón en la pierna y otro niño, de unos cinco años, apareció de pronto, entre Gina y yo.

—Gina, ¿os vais a besar? —dijo el pequeño.

—A este paso parece que no —murmuré.

Gina rió.

—Vamos, Freddie, vete al comedor y dile a papá que Erik ya está aquí.

Por las escaleras bajó un adolescente desgarrado, con el cabello despeinado y ropa negra con calaveras. Tenía los ojos delineados con lápiz

negro.

—Como si no nos hubiéramos dado cuenta todos de que Erik está aquí
—dijo con voz apática, ignorándonos y entrando en el comedor.

A este último lo conocía, era Miller, uno de los hermanos de Gina que también estudiaba en nuestro mismo instituto.

Tras seis meses saliendo con Gina, por fin me había visto obligado a aceptar una de las mil invitaciones que me hacían sus padres para que fuera a cenar con ellos y presentarme... Así que allí estaba, sin poder evitar lo inevitable.

Antes de entrar también en el comedor, Gina me besó con suavidad.

—Te quiero. Gracias por venir.

Yo le devolví el beso, pero aun así no dejé de estar nervioso al entrar en el comedor que tantísimas veces había visto ya... cuando la enorme familia de Gina no estaba en casa.

—¡A mis brazos, Erik!

Antes de poder cruzar la puerta, un chico al que no llegué a ver la cara ya me estaba abrazando con familiaridad.

Tardé un par de segundos en pensar que sería Cooper, el hermano mayor de Gina, de veintitrés años. Lo había visto un par de veces antes de esa cena y siempre me había caído bien.

A un par de metros de nosotros oí una pequeña discusión en susurros.

—Vamos, compórtate como un adulto Martin, ¡es el novio de tu hija!
—decía la madre de Gina.

—¡Es el muchacho que intenta acostarse con nuestra pequeña todos los días, Susan! Menos mal que Gina nunca haría algo así con cualquiera
—respondió Martin.

Yo tragué saliva. No quería ni recordar las cientos de veces que Gina y yo habíamos hecho el amor en esos seis meses. De hecho, era mejor no recordarlo estando allí.

Por fin Cooper se apartó y, al instante siguiente quedé frente a frente con Martin, el padre de familia.

—Encantado de conocerle, señor —alcé la mano para estrechársela.

Tardó unos segundos en aceptarla, pero, finalmente, el hombre moreno de mandíbula cuadrada me dio un buen apretón de manos, tanto que me la dejó dolorida después.

—Así me gusta —dijo—. Que se me estreche la mano con firmeza. No como tu último novio, Gina. Ese... Jim o John... o como se llame... ¡parecía hecho de chicle!

En la sala, todos suspiraron de pronto, como aliviados, pero yo no supe por qué. Parecía un código familiar que ellos conocían.

Por fin, nos dispusimos a sentarnos ante la enorme mesa de madera oscura, pero Martin me agarró del hombro un segundo.

—Y cuéntame... ¿Te drogas, Erik?

—¡Papá! —exclamó Gina, avergonzada y sonrojándose.

Martin rió y yo tragué grueso.

—¡Es una broma! —dijo de pronto el hombre, conduciéndome hasta una silla justo al lado de la que él ocupó—. ¿Yo no puedo tener sentido del humor?

Gina se sentó junto a mí, y cuando nos miramos ella me habló sin que los demás se dieran cuenta.

—Le caes bien —susurró, más que nada moviendo los labios.

Yo esperé que esa fuera la verdad.

—Bueno... Erik. Espero que no hayas hecho planes esta noche —volvió a hablar su padre—. Porque yo la tengo reservada completamente para conocernos a fondo.

Ante estas palabras, no pude más que sonreír. No tenía nada de lo que avergonzarme sobre mi pasado, de hecho ya estaba completamente enterrado. Aunque no lo había olvidado (y nunca podría hacerlo), Gina me había ayudado más que nadie en el mundo a superarlo y conseguir aceptarme a mí mismo.

Sentí la mano de mi novia apretar la mía por debajo de la mesa y, de repente, me relajé, sabiendo que todo saldría bien esa noche.

Estaba allí, frente a la numerosa familia de Gina, pero por fin había dejado de estar nervioso. Lo único importante era que mis sentimientos por ella

fueran fuertes y sinceros...

Y lo eran.

Quería a Gina más que a nada.

09-10-14

Capítulo 16

Agradecimientos

Parece increíble que una novela tan pequeñita requiera tantos agradecimientos, ¡no me imagino cómo será con una obra más larga! En primerísimo lugar: Muchas gracias a quienes habéis ayudado a hacer la portada de este libro; ¡nos ha costado la vida entera! Gracias a mis dos hermosísimos modelos: Corina y Arnau, dos perfectos Gina y Erik. A Cristina, que ha realizado la magia creando una imagen a partir de ideas sueltas. ¡Ha sido una suerte enorme tenerte!

A Rosa, con la que pasamos horas nadando en tinta china (agradecimiento especial a mi sofá por soportar las manchas) y haciendo las fotos más geniales del mundo. Sólo puedo decirte que: “meow, meow... ¡meow!”

Gracias también a Miriam, la primera en comenzar a leer el libro y, durante mucho tiempo, la única.

Y por último, pero no menos importante... Águeda, no puedo decirte nada que no te repita ya todos los días. Desde el momento en el que pusiste un ojo sobre la historia, ya la estabas compartiendo conmigo. Todavía te debo un Erik que sepa conducir sin riesgos para la sociedad, ¿de acuerdo?

Ah, y gracias a ti que estás leyendo esto y tienes el libro ahora mismo en las manos. Algún día te invitaré a un té con leche.